

(...) a pesar de que no sé definir bien mi oficio actual y de que no siempre tuve el mismo, desearía de todo corazón que fuese el de mi abuelo Miguel: vivir una vida simple y contar historias igualmente simples, inspiradas en las cosas corrientes (...)

yo soy un
Cuenta
uentos
como mi abuelo Miguel

Sumergiéndose en su interior, único lugar posible donde encontrarse uno mismo, Julio Decaro nos hace cómplices, una vez más, de sus pasos; nos acerca sus íntimas reflexiones y nos regala sus historias. Aceptemos la invitación de este corazón que se abre y comparte su verdad con nosotros. Recorramos junto a él parte de su camino y de esa manera, continuemos escribiendo el nuestro.

Julio Decaro

como mi abuelo Miguel

Yo soy un cuentacuentos

yo soy un
Cuenta
uentos
como mi abuelo Miguel



Julio Decaro

Cuenta uentos

yo
soy
un

como mi abuelo Miguel



Diseño: Pablo Decaro
Corrección: Ana Gómez

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, transmisión o archivo en sistemas recuperables, sea para uso privado o público, por medios mecánicos, electrónicos, electrostáticos, magnéticos, fotocopiadoras, grabaciones o cualquier otro, total o parcialmente, del presente ejemplar, con finalidad de lucro, sin expresa autorización del autor.

Se terminó de imprimir en el mes de
de 2016 en

Depósito legal:

Comisión del Papel
Edición amparada al Decreto 218/996

ISBN: 978-9974-91-325-7

A mi abuelo Miguel

Tuve la suerte de nacer y vivir mi niñez en la era pretelevisión y por lo tanto, años luz anterior a los videojuegos y las PlayStation.

De lo contrario, es probable que, en lugar de pedirle a mi abuelo Miguel que me viniese a acompañar cuando me enfermaba y no podía ir a la escuela, mis padres me hubiesen dejado prendida la televisión o me hubiesen dado mi tablet, iPad o iPhone para que me entretuviese mientras salían a trabajar.

Mi abuelo Miguel era genial contando cuentos. Nadie como él. Creo que llegaba a desear enfermarme para escucharlo contarme historias de aparecidos en el Cementerio Central o, por el contrario, de desaparecidos que eran raptados por los indios y escondidos en un hoyo en la tierra, que luego tapaban cuidadosamente con una chapa de metal y disimulaban con pasto.

Se disfrazaba de lo que fuera para hacer sus historias más interesantes que la vida real. Sus visitas a la confitería El Telégrafo vestido con guantes, galera y bastón; sus preparativos en el conventillo del Medio Mundo y las salidas con las comparsas de lubolos de su querido barrio Sur con un pasaje final infaltable por el calabozo de la comisaría; los gloriosos partidos de la selección uruguaya de 1930 y su contrato como integrante de la claqué del famoso Carlos Gardel eran algunas de los cientos de historias que le escuché recordar y otras tantas veces, seguramente inventar.

Inventadas o reales, aquellas historias me curaron más que la penicilina, que por aquel entonces hacía su aparición, porque llegaban a mi alma y mi corazón, no a mis nalgas.

—Abuelo, contame la historia del cajón del muerto que se llevó el agua del velorio cuando se rompió el murallón de tu barrio.

—Pero esa ya te la conté varias veces —me respondía con esa paciencia y bondad infinitas que regalaba a todos, todo el tiempo.



—No importa, abuelo, contámela otra vez... —Y ahí comenzaba una vez más la magia de sus increíbles relatos, que prefería escuchar una y mil veces antes que los radioteatros a los que me sometía mi tía Adelina, cuando era ella la que me tenía que cuidar.

Cuando llegué al liceo y me tocó estudiar a Horacio Quiroga, descubrí que otros escribían de la forma que mi abuelo contaba. Entre sus obras leí con sumo interés el «Decálogo del perfecto cuentista», que por supuesto ya no recuerdo, donde creí reconocer las virtudes que adornaban las inolvidables historias de mi inolvidable abuelo.

Luego, toda una vida de recordarlo, amarlo y admirarlo han hecho que a pesar de haber escrito varios libros no me sienta un escritor; me suena mal cuando me lo dicen.

Yo soy un cuentacuentos como era mi abuelo Miguel. A veces los cuento como lo hacía él y otras veces los escribo.

Prólogo

Las historias de las escrituras son la vestidura de la verdadera Torah. Son como las ropas de una persona, que todos ven. Los tontos creen que cuando han visto las ropas, han visto a la verdadera persona y no necesitan buscar más. Toman el ropaje por el cuerpo. Hay quienes piensan que cuando han visto el cuerpo, conocen ya el alma. Lo mismo ocurre con la Torah.

Rabbi Shimon Bar Yochai

Salvando todas las distancias, este libro es igual.

Los que se queden con la anécdota de los relatos de este libro, se quedarán con la ropa, con las vestiduras, pero las vestiduras no deben confundirse con el cuerpo que ocultan.

Los que van más allá y llegan a la enseñanza particular que un relato encierra, estarán viendo el cuerpo, pero si se detienen ahí, se perderán la esencia.

Los que miren transversalmente todos los relatos del libro (y quizás los de algún otro de mis libros) verán un proceso por medio del cual se llega a la esencia de las historias.

La esencia de las historias es el arte de ver en lo cotidiano lo trascendente, de descubrir el sacramento que encierran las cosas y los hechos de la vida diaria, independientemente de su pequeñez o de su grandiosidad aparentes.

Estar más presente

Estar más presentes es una recomendación usual de la mayoría de las prácticas espirituales. Tomada literalmente se trata de un imposible, porque no se puede alcanzar lo que ya es, lo que siempre fue y siempre será. No se puede estar en otro lugar que no sea aquí, ni en otro tiempo que no sea ahora, en el presente.

Sin embargo, es fácil comprender que a lo que se refieren los maestros que aconsejan esto es a evitar andar por la vida en piloto automático, es decir, a estar caminando por un parque en una hermosa tarde de otoño pensando en el trabajo, o jugando con un hijo y hablando por el celular, o comer y estar masticando nuestras preocupaciones, miedos, anhelos, culpas o remordimientos en lugar de masticar y saborear lo que ponemos en la boca.

Si de esto se trata, el breve diálogo que sigue puede ayudarlo, ya que resume, en la acción, una recomendación milenaria.

Esta conversación telefónica se desarrolla entre Santino de cuatro y Jorge de setenta y tantos años.

- ¡Holaaaa!
- Hola, Santino, habla Jorge.
- Hola, Jorge, ¿cómo estás?
- Yo bien y vos, ¿qué andás haciendo?
- Hablando por teléfono contigo.

¿Se puede estar más presente?

Les aseguro que si no se hacen como niños, no entrarán en el reino de los cielos. El que se haga pequeño como este niño será el más grande en el reino de los cielos.

Mateo 18: 3-4



Chivas Regal

Tengo una clara tendencia a la postergación de todo aquello que implique disfrutar. Eso que en un momento de mi vida me sirvió sin siquiera tener consciencia de su influencia, a los 70 años es motivo de mi mayor cuidado y atención.


Me he dado cuenta de que esa inclinación invade terrenos tan comunes como mis alimentos, las bebidas que tomo, la ropa que utilizo, así como también situaciones no tan cotidianas como disponer la colocación de un aire acondicionado en mi casa.

Tengo una fuerte propensión a utilizar primero la manzana o la zanahoria que no luce tan bien y de dos jabones elijo primero aquel cuya fragancia me resulta menos agradable.

Tiendo a utilizar la toalla más gastada y a no usar la ropa nueva o de marca. Igual suerte corren los zapatos y los distintos tipos de té verde, de aceite o de aderezos que tengo en los armarios de la cocina. Primero se usa lo no tan bueno, lo bueno ya veremos cuándo; esa es la consigna.

Para cualquiera de estas elecciones tengo una explicación racional y coherente que podría defender por horas en un debate, que incluyen argumentos que van desde la comodidad que experimento al usar una prenda gastada hasta los principios más sagrados de la ecología. Es que mi alma es austera por naturaleza y mi espíritu vibra en sintonía con el de los estoicos.

Resuenan cálidamente en mi corazón palabras como *templanza, sobriedad, mesura, prudencia, moderación* (en los placeres) y *continencia*, mientras que *lujuria y desenfreno* (vocablos con los que me asusto a mí mismo) son como oír al diablo.



Aunque sigo pensando que hay algo bueno y virtuoso en ello, hoy he comenzado a comprender que, como en tantas otras cosas, todo se trata de una cuestión de medida y de momentos.

Algo me dice insistentemente que aquellos tiempos de tratarme con rigor y dureza pasaron y que mis excesos en este campo son cada vez más innecesarios, inconvenientes y dolorosos. Que ese mañana para el que siempre postergué «lo mejor» y que nunca llegó, quizás ahora no llegue jamás, realmente.

Mi padre guardaba celosamente en un aparador del comedor una botella de whisky Chivas Regal, la que comenzó diciendo que iba a tomar cuando yo me recibiese de médico.

Después, decidió que debía guardar algo para cuando se recibiese mi hermano. Luego, no recuerdo cuáles fueron las excusas para seguir guardando parte de aquel preciado licor, pero fueron las suficientes como para que al morir, la botella aún estuviese por la mitad. Mientras tanto, tomó whisky y vino barato que terminaron con su existencia a los 54 años.

Su hermano menor murió a los 62 y mi madre decía de él: «Pobre tío Bebe, siempre se sacrificó para no tener una vejez pobre y no tuvo vejez».

Yo agradezco a la vida por permitirme, cada vez con más frecuencia, darme cuenta de este llamado ancestral y así, sin llegar a cometer estupideces consumistas, poder moderar lo que ordenan mis instintos y darme permisos adecuados.

Con un poco de suerte quizás logre que este conjuro se deshaga antes que mi cuerpo.

Conócete a ti mismo y nada en exceso.

Frontispicio del templo de Apolo





Mejor guía, imposible

Mejor guía
Dios mismo se transforma en guía de los que están atentos y apacibles.

Yo nací contemplativo

En un repartido que recibí en un retiro decía:

Contemplar es mirar, es mirar y escuchar sin otra intención.
El arte de escuchar es el arte del silencio.
Hay que ser pura escucha.

Y en otra parte del mismo repartido sugería:

Permanecer en la percepción.
Contemplar lo que está aquí, lo que está presente.
No necesitamos cambiar nada.
Contemplamos y lo dejamos como es.


En el repartido del retiro del mes siguiente rezaba entre otras cosas:

La contemplación nos devuelve a casa.
Es sumergirse en lo que estás haciendo... y no hacer otra cosa que estar presente... simplemente estar aquí... abandonarse, soltar.
No hay que inventar nada, sino recibir lo que la vida ha inventado para nosotros...

Y afirmaba más adelante:

Cuanto más se contempla, mayor es la capacidad de percepción y más fina la sensibilidad.
La mirada se limpia y se comienza a ver.
El oído se afina y comienzas a escuchar el verdadero sonido del mundo.
La contemplación nos transforma en grandes receptores.





De repente caí en la cuenta y me dije: «Yo nací contemplativo. Es más, ya era contemplativo antes de nacer». No pude contener una sonrisa.


En esa época casi todo lo que sabía hacer era silencio y escuchar asombrado los sonidos del mundo y los latidos de la vida con la que misteriosamente era uno. Vivía sumergido en las sensaciones, permanecía en la percepción directa de aquel mundo donde nada necesitaba ser cambiado. Fluía sin escollos y sin miedo; flotaba con libertad y confianza.

No hacía otra cosa que estar ahí, presente, porque yo estaba en casa, sin «nada que hacer ni ningún lugar a donde ir», recibiendo de continuo lo que la vida había inventado para mí. Yo era un gran receptor.

Luego pasó lo que pasó, lo que la gente llama «nacer», y aquel don natural me duró poco. Mis padres y demás parientes, mis maestros y toda la gente se encargó de ayudarme a vivir en otro mundo, a vivir en mi cabeza.

Comencé repitiendo unas pocas palabras simples, luego frases, ideas, pensamientos, abstracciones que terminaron adueñándose de mi vida y le dije adiós al contacto con la realidad sin siquiera saberlo.

Luego, cambié chapotear en el agua que corría en el cordón de la vereda los días de lluvia por el abecedario, juntar coquitos de los plátanos por reglas de gramática, tocar los cuernitos de los caracoles para que los escondiesen por las tablas de multiplicar y comer nisperos en el escalón de mi casa por interminables hojas de penitencia con las que me enseñaron que no se deben sacar los mocos con el dedo, ni tampoco reírse en clase o cantar en la mesa.



Finalmente, cambié el asombro por la repetición, el misterio por ilusorias certezas, el silencio por el ruido, el escuchar por pensar y hablar, el flotar suavemente por el correr agitado, el no tener que cambiar nada por el querer cambiarlo todo, la confianza y el abandono por la búsqueda de control y el miedo, el vivir el ahora por recuerdos y anticipaciones, en fin, cambié paz y calma por sufrimiento.

Ahora a los 70 años, quiero volverme como niño.
Quiero volver a sentir que soy uno con la vida, que estoy en casa.
Quiero volver a amar lo que es.
Quiero volver a ser silencio y a escuchar; volver a fluir, a flotar,
a estar presente.
Quiero volver a confiar, a soltar, a dejar ir.
Yo quiero vivir sin miedo.

En fin, quiero nacer de nuevo, pero esta vez, «de agua y Espíritu», para volver al reino que perdí. La esperanza que tengo es que está en mi naturaleza. Yo nací contemplativo y confío en que si me aquieto lo suficiente, aquel don renacerá.

No debemos dejar de explorar. Y al final de nuestras exploraciones llegaremos al lugar del que partimos, y lo conoceremos por primera vez.

T. S. Eliot, «Little Gidding»



¿Qué jugador puede decir, «este gol lo hice yo»?

El gol de Uruguay contra Italia en el último mundial de fútbol que le diera el triunfo al primero no lo metió Diego Godín. Todos los goles de todos los partidos los meten, los han metido y los meterán los 22 jugadores... y muchos más.

Jueces y jueces de línea, directores técnicos y suplentes, hinchas, quinesiólogos, preparadores físicos, camilleros, cancheros, cocineros, aguateros... y aquel italiano que hizo un ya olvidado mal pase en un minuto olvidado del primer tiempo, todos tuvieron que ver.

Qué decir de los padres, los abuelos y los bisabuelos de Godín. ¿Y los del arquero italiano? Si alguien, desde los organizadores del campeonato y los que condujeron el sorteo hasta los que regaron la cancha la noche anterior hubiesen hecho algo diferente; si alguno de los jugadores hubiese cedido un mísero *out ball*, o si la bisabuela de Godín no hubiese conocido a su bisabuelo, Uruguay no hubiese triunfado en ese partido.

En fin, y como bien dice Saramago, «¿cuál es la abeja que puede decir, esta miel la he hecho yo?».



Jamás comprenderé

¿Cómo logra una canción,
un perfume o una flor,
que yo recuerde tu andar,
tan amistoso a mis ojos
y querido a mi corazón?
¿Cómo describir ese instante,
esa fracción de segundo,
ese preciso momento,
justo antes de llorar
y reír al mismo tiempo?

¿Cómo explicarle esto al mundo?
¿Cómo poner en palabras
lo que no admite razón?
¿Cómo contarle a los otros,
de qué manera se siente,
llevarte conmigo siempre,
vivir esa bendición?
¿Cómo explicar por qué a mí?
¿Cómo justificar o entender
por qué designio del cielo
que no creo merecer,
tengo este don tan preciado
de tu existencia a mi lado,
menos aún, tu querer?

Nunca encontré las respuestas.
Nunca las encontraré.
Es un regalo, un misterio
que jamás comprenderé.



Lee el código qr con
tu celular y podrás
escuchar mi poema
musicalizado por
Gonzalo Moreira con
la app: Qrcodereader





Una vida mediocre

Una vida
Una vida mediocre no es una vida sin fortuna, viajes, gloria, poder o fama.
Una vida mediocre es una vida dormido.

Me parece que estuve bien

Hace un par de días, luego de darnos un fuerte abrazo de «recarga de pilas» como acostumbramos llamarle, tuve una breve conversación con Facundo, mi nieto, de 11 años. Le dije:

—Mirá, Facundo, dentro de poco, cuando entres en la adolescencia y hablemos vos y yo, posiblemente no nos vamos a entender. A vos no te van a interesar las historias y los divagues del abuelo ni a mí tus pelotudeces. Quizás entonces, y por un tiempo, no nos dé para hablar mucho. Lo que sí vamos a poder hacer siempre es darnos un fuerte abrazo como este y decirnos «te quiero».

—Sí, abuelo —respondió como si realmente compartiese lo que estaba profetizando, y nos volvimos a abrazar larga e intensamente.

Me parece que estuve bien, y este fin de semana que viene voy a hacer lo propio con Joaquín, mi nieto mayor que tiene 14 y que vive en Minas.

Cuando llegue el momento, lo haré con cada uno de los restantes.



Venid a mí

Llegué a la casa de retiros Manresa a la hora en la que seguramente ya se había servido el desayuno, dispuesto a pasar ahí, y en silencio, los próximos seis días.

Me llamó poderosamente la atención no ver en el estacionamiento del frente ningún auto excepto el mío, debido a que el día anterior debía haber comenzado un grupo de Ejercicios Ignacianos.

Al entrar le pregunté a la persona encargada si no había venido nadie a ese retiro, a lo que me contestó que, por el contrario, estaba lleno, lo que me sorprendió aún más. Al ver seguramente el gesto de sorpresa en mi cara la señorita me explicó: «Son casi todas religiosas». A esa frase le sobraba el *casi*.


Llegado el almuerzo, que por supuesto es colectivo, descubrí que estábamos en el lugar veinte monjas, el sacerdote que guiaba los ejercicios y yo.

«¿Y ahora qué hago?», me dije, aunque en realidad yo no pensaba en participar de ninguna de las actividades colectivas programadas para el grupo. «Bueno, ya veremos», pensé y almorcé tranquilamente.

Nadie había cruzado una palabra conmigo hasta que, en la mañana del tercer día, mientras me encontraba sentado meditando en una reposera del jardín posterior, se acercó la hermana Gertrudis, una de las monjas del grupo.

Gertrudis parecía salida de una estampita o de una ilustración de un libro religioso. Vestía una sotana blanca inmaculada al igual que su cofia y su velo, y llevaba un enorme rosario de cuentas de madera colgado de su costado izquierdo. «Buen día», me dijo. «Usted disculpe, pero quisiera preguntarle, ¿qué está haciendo?».

Luego de explicarle, elogió mi decisión de tomarme periódicamente unos días para estar en silencio y finalmente me invitó a participar de la Eucaristía que el grupo celebraba todas las tardes a las siete en el oratorio principal, invitación a la que accedí gustosamente.



Esa tarde, desde la hora en que finalicé la merienda, es decir, desde las 17:30, aproximadamente, hasta las 18:45, momento en el que cerré mi libreta de anotaciones, llené seis páginas con las reflexiones que me dictó mi alma.

En su gran mayoría estaban referidas a un tema que aún hoy, después de años de conocerlo, me sigue haciendo la vida difícil y es mi mandato interno de ser perfecto.

Casi al pie de la última hoja, a manera de cierre, escribí, tal como lo recordaba, el siguiente pasaje evangélico:

Vengan a mí ustedes que están agobiados y cansados.
Sean como yo, manso y humilde de corazón.
Porque mi yugo es ligero y mi carga liviana.

Aunque no sabía exactamente a cuál de los cuatro evangelios pertenecía, sentí que había recibido una poderosa inspiración para el cierre de mis reflexiones, tremendamente adecuada respecto a la pesada carga que ha impuesto a mi vida y la de los que me rodean, querer cumplir aquel maldito mandato.

Quince minutos después comenzó la misa que quizás hubiese sido como cualquier otra, de no ser porque el pasaje evangélico de ese preciso día fue el siguiente:

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.

Mateo 11: 28-30



Al mismo tiempo que reía, las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas. Mi emoción fue tal que no recuerdo el comentario que el sacerdote hizo de la lectura, y debo confesar que tampoco me importó. Hubiese dicho lo que hubiese dicho, el mensaje ya lo había recibido: era alto, claro y personal.

Cuando salí de la misa parecía un perro con dos colas, y por horas no pude borrar la sonrisa de mi cara ni evitar, de cuando en cuando, alguna carcajada un tanto enajenada.

En los días siguientes, como hago con frecuencia, empapelé mi austero cuartito con carteles que me mostrarán, al despertar o al cerrar el día, lo que en resumidas cuentas creía que aquel pasaje me sugería hacer: «Aligerate», «Soltate», «Vaciate», «Volvete hijo otra vez, dale la mano a tu padre y cruzá sin mirar», «Abrí los puños», «Aflojá los dientes», «Dejá ir».





Tan solo un espejismo

Tan solo

Cada vez que alimentamos la ilusión de que pensamos, observamos, elegimos, tomamos decisiones o tenemos control de algo, estamos reforzando la ilusión de la existencia de un yo independiente que piensa, elige, toma decisiones o está en control de algo, lo cual es falso; tan solo un espejismo, causa de sufrimiento.



Yo me voy a morir sano

Debido a un cuadro digestivo agudo solicité a la institución de la que soy socio un médico de urgencia. Como toda buena profesional, la doctora que me atendió comenzó por preguntarme la edad.

—Tengo 69 años —le dije.

Luego, también como corresponde, siguió por mis antecedentes personales.

—¿De qué afecciones padece?

—Prefiero decirle lo que no tengo —le contesté—. No tengo diabetes ni hipertensión, lo que a mi edad no es poca cosa.

—Bien, ahora dígame las que tiene —insistió.


—¿Dispone de un ratito? —le pregunté.

—Claro, adelante —me respondió.

«Desde hace más de veinticinco años me diagnosticaron una urticaria crónica por lo que debo tomar corticoides a diario. Esto ha provocado que mi piel sea un desastre: frágil, delgada como papel y con apenas un toque o un roce contra una superficie dura se me hacen evidentes hematomas. El exceso de sol en mi niñez, donde quemarse en el verano era saludable, complementa el cuadro con lesiones actínicas que periódicamente debo tratarme con criocirugía y con algún que otro carcinoma basocelular que han exigido cirugías plásticas.

Para finalizar el capítulo de mi piel, desde hace cerca de diez años tengo rosácea, que además de darme unos pómulos que podrían catalogarse de rozagantes o también como los de alguien afecto al vino, reseca mis ojos y, con cierta frecuencia, me genera orzuelos.

Hace unos tres años me operé de cataratas. Varias de mis piezas dentales no son mías, son implantes, y de las restantes, no se salvan muchas que no hayan sido reparadas.



Tengo un zumbido constante en mis oídos, que por suerte solo escucho cuando hay silencio, cosa infrecuente en esta ciudad, y que además utilizo para concentrarme y meditar.

Tengo una hernia hiatal y una esofagitis crónica por reflujo, que junto a una poliposis colónica recurrente me obligan a realizarme una fibrogastro y una fibrocolonoscopia anualmente desde hace más de veinticinco años. Me han extraído más de cuarenta pólipos del colon en el tiempo que le menciono.

Tengo el hígado graso y fui operado de la vesícula biliar. Tengo una diástasis de los rectos anteriores que hace que mi abdomen sea más prominente que lo que cabría esperar por mi sobrepeso.

Tengo varios quistes renales y cálculos caliciales que en más de una oportunidad me han provocado serios cólicos nefríticos. Padezco una severa artrosis de columna cervical con un síndrome de canal estrecho adquirido y también de columna lumbosacra que me hace el caminar muy penoso.

Actualmente la artrosis se ha extendido a mis manos, lo que ha llegado a hacer algunas veces más penoso el escribir que el caminar. Por los corticoides tengo osteoporosis, retención de líquidos, sobrepeso y, si me descuido con la medicación, también gastritis.

Fui operado de la rodilla derecha, tengo pies cavos, dedos en martillo y un callo plantar. En el último examen anual me descubrieron un soplo aórtico que he comenzado a controlar con ecocardiogramas y un cáncer de próstata en etapa inicial que he decidido no operar ni irradiar por el momento, y cuya evolución sigo con determinaciones periódicas de PSA.

En fin, quizás me esté olvidando de alguna otra cosa de mi largo historial» le dije; «sin embargo, créame que por un don del cielo, nunca estuve enfermo, no lo estoy y nunca lo estaré».





Levantó los ojos del formulario donde tomaba notas y me miró claramente sorprendida.

«Yo solo he sido, soy y seré testigo de lo que sucede, de los dolores, de las disfunciones de mis sistemas, del deterioro y las deformaciones de mi cuerpo. Como estoy haciendo ahora, me ocupo, hago lo que tengo que hacer, sigo las indicaciones de mis colegas (aunque no siempre), pero yo, yo realmente nunca estuve enfermo, no lo estoy ahora y nunca lo estaré.

Enfermo es una idea, un pensamiento, una de las tantas categorías de la mente y lo que le he descrito son malfuncionamientos y deformaciones de mi cuerpo. Por lo tanto, y gracias a Dios, yo me voy a morir sano. En realidad ni eso, porque este, al que me estoy refiriendo, es inmortal».

Se rio y me pidió que me pusiese el termómetro en mi axila derecha.

Seguro que no me entendió.





La alternativa

La altern
La alternativa a la probadamente infructuosa y agobiante búsqueda de una vida feliz es una vida consciente.



Solo está sucediendo

Es otoño en Montevideo. El viento sopla suavemente mientras amanece. Las hojas de los árboles del parque que veo por mi ventana caen de los árboles como una lluvia, pero en cámara lenta. Un perro ladra. Una bandada de palomas da una enorme vuelta volando cerca de los edificios que rodean el espacio verde. Algunas nubes de un cielo gris se desplazan lentamente dejando que un rayo de sol asome. «Todo esto sucede», pensé.

Me gusta lo que veo, pero yo no estoy haciendo que suceda, nadie en realidad está haciendo que suceda, solo está sucediendo. «Debe haber conejas pariendo», pensé, «y gallinas poniendo, semillas brotando y pájaros cantando, y nadie está haciendo que suceda, solo está sucediendo».

Debe haber ríos corriendo hacia el mar, nieve cayendo, peces nadando, manzanas madurando y abejas libando, y nadie está haciendo que suceda, solo está sucediendo.

Debe haber madres amamantando, niños creciendo, profesores enseñando, alumnos aprendiendo, filósofos pensando, parejas amando, coches circulando, gente trabajando, muchos sufriendo y otros tantos muriendo, y nadie está haciendo que suceda, solo está sucediendo.

Nada de lo que está sucediendo le está sucediendo a nadie. No me está sucediendo a mí, ni para mí, ni por mí. La mismísima ilusión que yo creo ser, nadie está haciendo que suceda, solo está sucediendo.

Todo lo que no es pensamiento es un misterio del que nosotros, los humanos, misteriosamente podemos ser conscientes.

Confesar exorciza

No importa cómo le llame,
celos o desasosiego,
ira, angustia o ansiedad,
rencor o remordimiento,
cuando yo no estoy en paz,
siempre es miedo lo que siento.

Disimularlo lo agrava,
luchar con él lo empeora,
si uno resiste, persiste,
ignorar no lo mejora.

Contrario a lo que se dice,
aflojar no es cobardía,
más bien es sabiduría
abrazarlo con ternura
y es expresión de bravura
saber decir «tengo miedo».

No acallararlo ni ocultarlo,
exponerlo dignamente,
mostrar la debilidad
es lo que el miedo precisa,
ponerle luz, confesar,
finalmente lo exorciza.



La lista en la pared

Al comienzo de nuestros seminarios de negociación o de cualquier otro tema, además de las clásicas presentaciones, les pedimos a los asistentes que sistemáticamente nos digan sus expectativas y objetivos para el taller, y hacemos con ellos una prolija lista en una hoja de papelógrafo que dejamos pegada en una de las paredes del lugar hasta el final de la actividad.

Una de las finalidades es aclarar, desde el principio, qué puntos de los solicitados no serán tratados por estar fuera del alcance de nuestra propuesta. Otra, es ir señalando durante las distintas jornadas de trabajo las diferentes maneras en que vamos respondiendo a sus inquietudes.

Una tercera, y no menos importante, es porque si no lo hiciésemos de esa manera, correríamos el riesgo de que al finalizar el taller, cuando le pedimos a todos los participantes que lo evalúen, alguno nos dijese algo como: «La verdad que no me gustó, esto no era lo que yo esperaba».

Supongamos que no tuviésemos la lista de expectativas en la pared y le preguntásemos entonces a esa persona qué era lo que esperaba, fácilmente podría contestarnos: «No sé bien, pero esto no era». Eso sí que sería lamentable porque, ¿qué podríamos hacer en pleno cierre de la actividad? Claramente, nada.

Qué pasaría si al final de nuestra vida, alguien nos preguntara: «¿Cómo estuvo su pasaje por esta Tierra?». Sin la lista en la pared (o donde fuese que la guardásemos), pudiera ser que tuviésemos que contestarle: «La verdad que no me gustó. Esto no era lo que yo esperaba».

Supongamos que se tratase de alguien realmente curioso y nos preguntase cuáles habían sido nuestras expectativas, qué era lo que realmente esperábamos y, al igual que en el caso del taller, tuviésemos que contestarle: «No sé bien, pero esto no era».

Eso sí que sería lamentable porque, ¿qué podríamos hacer en pleno cierre de la actividad? Claramente, nada.



Judas es un símbolo

Mucha gente discute acerca de Judas, de sus acciones, de su objetivo, de su muerte, y hasta de su existencia. Quizás nada de eso tenga importancia, porque Judas es un símbolo.

Judas es y será el símbolo de la ambición que llega hasta la traición por la vida material, por el dinero, las posesiones, el poder o la fama.

Es el símbolo del que cambia la paz del alma por las cosas terrenales, de todos los que anteponen en los hechos la satisfacción de los dictados de sus apegos a su vida interior.



Somos varios a mimarlo

Vivo en el sexto piso de un edificio cuyo ascensor principal está revestido en su interior con planchas de acero inoxidable. Entrando a la derecha, hay un espejo que va de pared a pared y de piso a techo. A la izquierda está la botonera. Al frente, y a mitad de altura entre el techo y el piso, tiene una caña de bronce que oficia de pasamanos. Está iluminado por dos tubos luz verticales cubiertos por un acrílico blanco que bordean la botonera de los pisos.

Esta combinación de elementos hace que el más mínimo contacto de la piel de un ser humano con las paredes metálicas o con el espejo deje una huella claramente visible y... desagradable.


Al utilizarlo, no me resultaba extraño que, a la altura correspondiente, aparecieran las manos de alguno de los niños que viven en el edificio, porque al igual que mis nietos, juegan hasta en un ascensor.

Lo que sí me llamaba la atención es que aparecieran dedos o manos enteras de adultos, porque, que yo sepa, ni el trayecto es tan largo como para cansarse y tener que apoyarse ni el ascensor se sacude como para que alguien pierda el equilibrio.

Decidido a ver si podía evitar esta conducta, hice un cartel que decía: «Se agradece no apoyar las manos en las paredes del ascensor ni en el espejo», y lo pegué por encima del pasamanos, en un lugar que fuese imposible no verlo. Increíblemente no solo no dejaron de aparecer huellas, sino que aumentaron en número y tamaño.

Dada mi paranoia habitual pensé que alguien lo estaba haciendo a propósito, quizás pensando que el cartelito lo había puesto la señora que hace la limpieza para ahorrarse trabajo, así que me dije: «Voy a poner otro más grande, y esta vez lo voy a firmar».

Algunas veces recuerdo que me he hecho la promesa de que cuando me enoje, debo tomar distancia del problema y darme un tiempo razonable para calmarme y pensar adecuadamente, y esta fue una de ellas.



Al día siguiente recordé la estrategia que utilicé con los excrementos que las mascotas de mis vecinos dejan en el parque frente a donde vivo. Lo que hice en esa oportunidad fue comenzar a recogerlas yo, y ese gesto no solo logró cambiar un motivo de enojo y sufrimiento por uno de risas y chanzas con las personas que me conocen, sino transformar una situación potencialmente conflictiva en un ejercicio espiritual.¹

Rápidamente me di cuenta de que tenía que hacer lo mismo con las huellas en los ascensores, así que le pedí a la encargada de la limpieza que me preparase un spray desengrasante y un paño, y que me los dejara a mano, que yo iba a limpiar el ascensor cuando viese que estaba sucio. Y así lo hice en varias oportunidades.

Los porteros de turno se ofrecían a hacerlo ellos cada vez que pedía el instrumental, pero yo insistía en tomar esa tarea y les pedía, en tono de broma, que no me sacaran el empleo que había conseguido.

Luego de un tiempo comenzó una risueña competencia, ya que ellos trataban de limpiarlo antes de que yo utilizase el ascensor, incluso en horarios insólitos como las seis de la mañana, hora en que salgo a caminar.

Finalmente, me he quedado sin trabajo y ahora que somos varios a mimarlo, el ascensor, salvo raras excepciones, reluce.

«Para el que transforma la basura en flores, todas son flores» me repetí una vez más, y luego parafraseando a Epicteto pensé:

El que está totalmente dormido culpa de sus desgracias a otros.

El que está medio dormido, medio despierto se atribuye él la responsabilidad.

El que está totalmente despierto no se la atribuye ni a él ni a otros y hace, en calma, lo que ha de ser hecho, lo necesario y conveniente.

¹ El lector encontrará un relato detallado de este episodio bajo el título «Un día de m...» en el libro *Catador de vida*.



¡Qué alivio!

En mi humilde experiencia, una medida de despertar ha sido una sensible reducción de la necesidad de llamar a escena, representar, enaltecer, hacer competir y, en especial, defender un personaje. Aunque sea por breves momentos, no se imagina qué alivio experimento.

Creo firmemente que la libertad y la paz siempre presentes se hacen evidentes cuando se disuelve lo que no es real, cuando vivimos la vida y no una historieta, cuando somos lo que somos, no un personaje de un culebrón.

—Maestro, ¿qué es lo verdadero?

—Lo verdadero es ver lo falso como falso.

Hablan de mí

Con el paso del tiempo he descubierto que yo soy todos los personajes evangélicos.

Yo soy el fariseo ritualista y soberbio que juzga a sus hermanos fácilmente.

Yo soy Bartimeo, un ciego que pide ver con desesperación.

Yo soy Nicodemo, un sabiondo erudito, cayendo en la cuenta de su profunda ignorancia.

Yo soy el joven rico, alguien que no se anima a cambiar sus posesiones por su salvación.

Yo soy Tomás el incrédulo, que necesita tocar para tener fe.

Yo soy el rico insensato que vive y acumula como si no fuese a morir jamás.

Yo soy Judas, infiel y codicioso.

Yo soy el hijo pródigo, un arrepentido anhelando volver a casa, y también soy su hermano que cela y envidia.

Yo soy Pedro, pronto de genio y hasta bravucón, pero capaz de la cobardía de negar lo que más quiere.

Yo soy la muchedumbre que ve pasar una injusticia y no se anima a hacer nada más que observar.

Yo soy Marta, abrumado por las cosas poco importantes.

Pero también he descubierto que no todo en mí son defectos y bajezas. Seguro soy también el buen samaritano, y Juan, Lucas, Mateo y Pablo.

En realidad, los evangelios no me hablan a mí, hablan de mí. Yo también soy Él, porque ahora sé que... «antes que Abraham fuese, yo soy» y que «estaré con ustedes hasta el fin de los tiempos». «Soy el camino, la verdad y la vida» porque «Yo y el Padre somos uno» y si saben mirar, «el que me ve a mí, ve al Padre».



Un mutante de ficción

El fin de semana pasado decidimos con Lilian, mi esposa, mirar un rato televisión.


Como sucede habitualmente, no fue fácil encontrar alguna película que valiese realmente la pena y, como otras tantas veces, terminamos tratando de encontrar algo que no fuese espantoso.

Finalmente decidimos ver *Héroes*, un filme que trata de personas con superpoderes —como los mutantes de *X-Men*—, en el que unos pertenecen al bando de los buenos y otros, al de los malos, llamado en este caso «la División».

Algunos tenían superpoderes bastante clásicos, aunque altamente desarrollados, del tipo de la telequinesia y la clarividencia. Otros habían desarrollado poderes un poco más extravagantes tales como un superolfato, llamados por ello «los olfateadores», y podían rastrear personas en cualquier lugar del mundo donde se escondiesen, usando su don. Otros podían gritar en tal frecuencia y volumen que eran capaces de romper objetos, en especial de vidrio, y provocar sangrado de oídos a las personas que los escuchaban.

Como realmente la película no pintaba ser muy buena, decidí irme a acostar. En eso estaba cuando me vino a la mente una escena donde uno de los personajes, que era clarividente, le dice a otro que podía mover cosas telequinéticamente, y que la razón por la que no podía desplazar ciertos objetos más pesados era porque no practicaba, y pensé: «Qué desperdicio. Haber recibido un don y no utilizarlo en todo su potencial es un pecado, más aún si es por no practicarlo y peor, si es por ignorar que se posee».

Acto seguido pensé: «¿No será que, en realidad, todos somos como este personaje?». Seguro que no somos superhombres o supermujeres dotados de todos los superpoderes como el Superman de las revistas de mi niñez, pero ¿qué tal si todos tenemos algún don específico, un superpoder parcial como los X-Men, solo que adormecido o ignorado que no practicamos?



Unas veces quizás se trate de una habilidad especial para algo muy conocido y aparentemente simple pero nada fácil como, por ejemplo, ser un buen escucha.

Otras veces quizás se trate de una rareza como la de los olfateadores y de aplicaciones más extravagantes como la del perfumista o catador de licores.

Sea lo que sea, es seguro que todos tenemos un tesoro escondido entre las montañas de basura de nuestra estandarizada domesticación social y cultural, que por esa razón permanece ignorado, atrofiado o subvalorado durante toda la vida.

No es menos cierto que es nuestra obligación descubrirlo y hacerlo producir, de lo contrario, lo perderemos.

Quitenle, pues, el talento y entréguenlo al que tiene diez. Porque al que produce se le dará y tendrá en abundancia, pero al que no produce se le quitará hasta lo que tiene.

Mateo 25: 28-29

Ante la mirada extrañada de Lilian, volví a sentarme en el living para escribir en una libretita que había en la vuelta las siguientes preguntas:

¿Cuál es mi don, el talento con el que fui bendecido?


¿En qué soy realmente habilidoso?

¿Qué hago con facilidad?

¿Qué es lo que me sale mejor?

¿Cuál es mi superpoder?

Si fuese un mutante de ficción con ese don exagerado, ¿cómo me comportaría? ¿De qué manera lo usaría? ¿Para mi propio beneficio o como dice Pedro?



Dios, de su gran variedad de dones, les ha dado un don a cada uno de ustedes. Úsenlos bien para servirse los unos a los otros.

Pedro 4:10

Esa noche, luego de contestar las preguntas y tomar mi opción, saludé a Lilian y me fui a dormir más tranquilo, con la calma que da la claridad de acción.

[...] Que cada uno actúe sabiamente según la capacidad que Dios le ha entregado. [...] Dependemos unos de otros y tenemos capacidades diferentes según el don que hemos recibido. Si eres profeta, transmite las luces que te son entregadas; si eres diácono, cumple tu misión; si eres maestro, enseña; si eres predicador, sé capaz de animar a los demás [...]

Romanos 12: 3-8



Lo curioso del tiempo

Lo curioso
Lo curioso del tiempo es que cuando uno se descubre pensando en el pasado o en el futuro, ha regresado al presente, del que nunca se ha movido.



Cuando pienso así

De cuando en cuando me asalta la idea de que hubiese sido muy bueno despertar antes, con unos años menos. Cuando pienso así, rápidamente me percato de que me dormí. Despertar sucede, es una gracia. Ningún dormido lo busca y por tanto nunca lo consigue.

Despertar antes, así fuese un segundo antes de lo que sucede, jamás ha sido ni será posible para nadie. Solo queda agradecer por el don recibido, así sea que nos haya tocado un minuto antes de la muerte.

Cuando pienso así, lo que creo que me pasa es que en el fondo me gustaría poder disfrutar más tiempo de esta sensación especial de ver las cosas y la vida de otra forma, de ser consciente de mi propia lucidez, de comprender más, de andar más tiempo el camino de ser mejor persona, de vivir más tiempo en paz.

Cuando pienso así, rápidamente me percato de que me dormí nuevamente. Que al igual que en el caso anterior, eso de desear que las cosas sean de una forma diferente de lo que son es precisamente la definición de andar dormido.

Lindo oficio el mío

Hace un tiempo atrás le regalé un ejemplar de mi libro *Catador de vida* al dueño del puesto de frutas y verduras de la feria frente a mi casa, donde suelo hacer las compras los martes y los sábados. Hace un par de sábados me dijo: «Leí su libro y escribí algo para usted. El martes se lo traigo».

Fue al siguiente sábado que cumplió su promesa y dejó, en la portería del edificio donde vivo, un sobre conteniendo la carta en la que expresaba elogiosas opiniones del libro y en especial comentaba los *darse cuenta* y los cambios que le había producido su lectura. Toda una caricia para el alma.

Emocionado por el contenido, se la mostré a mi esposa, se la envié a mis hijos y a algunos amigos que siguen de cerca mis andanzas literarias diciéndoles:

Hola:

Esta es la carta que me dejó en portería el dueño de uno de los puestos de frutas y verduras de la feria donde suelo hacer mis insignificantes compras, por lo que, claramente, proviene de alguien que ni me teme ni me necesita. Una sola de las experiencias que relata, hace que cualquier esfuerzo valga la pena.

Un abrazo.

Julio

Uno de mis amigos me responde: «¡Te felicito! Una cosa es que la vida se manifieste —como lo hace— a través de uno, y uno no se dé cuenta. Otra —muy muy distinta— es que uno sea consciente de que está siendo el instrumento de la vida. ¡Qué lindo oficio que elegiste!».

«Es cierto», le contesté, «a pesar de que no sé definir bien mi oficio actual y de que no siempre tuve el mismo. Desearía de todo corazón que fuese el de mi abuelo Miguel: vivir una vida simple y contar historias igualmente simples, inspiradas en las cosas corrientes, que le sirvan a Dios para llegar a la gente, como parece ser el caso. Eso sí, que este oficio mío es lindo, es lindo, no te quepa la menor duda».



Alguien ya lo dijo antes

Saliendo de un comercio de la zona me encontré con Juan, un hombre de unos sesenta años, que oficia de cuidacoches del lugar. Nos saludamos amablemente. Con su habitual buena onda, me entregó su también habitual papelito recordatorio con una frase que cambia a diario, y que esta vez decía:

Todo lo que pasa es neutro,
tú decides qué color ponerle.
Gracias por su visita.
Juan
Res. Der. Autor

—La verdad, Juan, que tiene usted razón con esta frase que escribió hoy.

—Me la dijo una señora —me acotó.

—Entonces, dígame a esa señora que está en lo cierto. Déjeme decirle también que, como pasa habitualmente, cuando un contemporáneo le diga algo muy inteligente, algo realmente trascendente que vale la pena recordar o, como en este caso, difundir, esté seguro que alguien ya lo dijo antes y lo dijo mejor. Búsquelo y verá que es como le digo. Eso sí —le aclaré—, si lo que le dicen es una pelotudez, entonces no pierda el tiempo, no lo busque porque hasta original puede ser.

En realidad yo estaba recordando en ese momento la frase del filósofo griego Epicteto, que fuera immortalizada por uno de sus discípulos en *El Enquiridión* y que dice así: «Lo que inquieta al hombre no son las cosas, sino las opiniones que de ellas se hacen».

Como le advertí: la expresión es muy anterior, de igual significado y mejor dicha que la de la señora. Finalmente, y más allá del desafío que le dejé planteado, la disquisición carece de importancia, porque como con todas las frases célebres...

La clave no es entender (ni tampoco repetir, memorizar o divulgar de manera escrita u oral).

La clave es darse cuenta.



El arma más eficiente

El arma

El arma más eficiente
para transformar la vida en algo ordinario
es la incansable búsqueda
de algo extraordinario.



Una espiritualidad transgresora

Durante un tiempo me dediqué a la lectura cuidadosa de la conocida obra de Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo*, e incluso regalé varios ejemplares a amigos.

Comentando con un sacerdote mis dificultades con esa lectura me dijo que en realidad se trataba de un libro con exigencias demasiado rigurosas, escrito en otra época y para otro público, buscando quizás aliviar las tensiones que estaba experimentando respecto a mi capacidad de cumplir con algunas ideas del autor.

No obstante, hay quienes sobrepasan las exigencias de De Kempis porque dicen que imitar a Cristo no es suficiente, hay que ser Cristo. En cualquier caso, imitar a Cristo o ser Cristo... menuda tarea.

Un querido amigo, profundamente católico, luego de la lectura de mi libro *Catador de vida*, me dijo: «Vos tenés una espiritualidad transgresora».

Salvando todas las distancias yo me pregunté qué dirían los miembros ortodoxos de la comunidad religiosa judía, los sacerdotes, los miembros del Sanedrín, los fariseos de alguien que se atreviese a decir cosas como:

Oísteis que fue dicho no matarás, pero yo os digo...

Oísteis que fue dicho, no cometerás adulterio, pero yo os digo...

También fue dicho: Cualquiera que repudiare á su mujer, déle carta de divorcio, mas yo os digo...

Qué comentarían de alguien que en aquella época se sentaba en la mesa con recaudadores de impuestos, con mujeres y, peor aún, con prostitutas. Qué opinarían de alguien que, defendiendo a sus discípulos que habían arrancado espigas de trigo para comer en sábado, les dijo a quienes lo increparon: «El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado» y peor aún, que él era el señor del sábado.



Y de alguien que se atreviese a decir de los fariseos que eran unos hipócritas, guías ciegos y que todo lo que hacían era aparentar, ¿qué pensarían?

En fin, pero aquí porque es suficiente para adivinar que como mínimo dirían: «Este tiene una espiritualidad transgresora».

Como verán, si de imitarlo o ser como Él se trata, no he recibido ni recibiré nunca mayor elogio.



Un retiro es un mensaje

Un retiro es un mensaje. En primer lugar para mí mismo, porque en un retiro me doy permiso, me doy descanso del ajetreo de la vida cotidiana, me trato con austera pero amorosa amabilidad. Me brindo un espacio de calma, un tiempo de sosiego, de caminar y comer lento, de hacer minucioso y consciente, de meditación y reflexión, de silencio y escucha profunda. Allí priorizo mi interioridad. No simulo, no aparento, no pretendo. Vivo de forma sencilla y me contento con poco. Vuelvo las cosas a su orden natural: primero el reino de Dios.

Un retiro es también un mensaje para los demás. Para mi familia, para mis amigos, para mis colaboradores, para mis vecinos, en fin, y como le gusta decir a Lilian, para el prójimo (los próximos). Para ellos el mensaje es que si me quiero y me trato más amablemente, tienen mejores posibilidades de que los quiera y los trate más amorosamente a ellos.

Que si aprendo a andar más lento y ser cuidadoso, tienen menos riesgo de que quiera atropellarlos. Que si hago más silencio, tienen mejor oportunidad de que los escuche con más atención e interés. Que si aprendo a contentarme con poco, seré menos exigente. Que si me sosiego y me calmo, tendremos todos más oportunidades de vivir en paz. Finalmente, que para ellos también es válido aquello de priorizar y volver las cosas a su orden natural: primero el reino de Dios.



El fondo del tarro

En mi experiencia, la casi totalidad de los conflictos humanos son como un tarro en el que, escarbando, se puede encontrar de todo, pero en el fondo fondo, siempre aparecen unas moneditas.

Ahora bien, si usted llega hasta el mismísimo fondo del tarro podrá ver que está hecho de miedo. Las moneditas siempre tapan miedo.



¿Qué significa?

Un querido amigo me cuenta que a sus cuarenta y tantos años, su padre continúa diciéndole que es una persona muy egoísta porque ha decidido no tener hijos en su vida y, por supuesto, lo hace en un tono que indica no solo su desaprobación con la idea, sino un juicio moral acerca de esta. Eso está mal, pensará su padre, a quien como abuelo comprendo. No obstante, debo reconocer (y así se lo hice saber a mi amigo) que no sé lo que significa decidir no tener hijos.

El hecho concreto es que un ser humano no va a tener descendencia, punto, y eso es algo más que habitual por variadas causas, entre ellas una decisión de vida como en este caso.

Hoy me queda claro que el significado es un agregado del pensamiento cuya dirección y valor moral depende del contexto, la cultura y las creencias que la sostienen.

Si mi amigo hubiese decidido ser sacerdote, y por ende no tener hijos ya que es condición necesaria para esa actividad (al menos por el momento), el hecho no cambiaría, pero sí su significado, así como el signo de la calificación moral de este.

De moralmente malo pasaría a moralmente bueno y de significar egoísmo pasaría, quizás, a significar sacrificio, entrega o abnegación.

Mi interés no está en pensar qué se debería hacer en casos como este y mucho menos emitir un juicio o aconsejar a otros sobre cursos de acción a tomar. Mi interés está centrado en hacer la distinción, cada vez que puedo, entre lo que es real —los hechos— y lo que es agregado por el pensamiento —las suposiciones, los conceptos, las creencias, la cultura—. Luego me sirve poner pausa.

Me ayuda recordar que el pensamiento no es todo, que el pensamiento es solo pensamiento y que la realidad es mayor que el pensamiento que la representa.

En mi experiencia, desde ese lugar de claridad puedo tomar decisiones más sanas, así como cuestionar algunas de mis creencias limitantes, ganando en paz y libertad.

Eso es todo lo que le deseo a mi amigo.

Que sea lo que Dios quiera

Conozco mucha gente que anda por la vida usando con frecuencia la expresión «¡que sea lo que Dios quiera!» o alguna otra de similar significado tal como «que se haga su voluntad». Según las circunstancias, las utilizan como tales o formando parte de rezos o plegarias que las contienen.

En mi experiencia, algunos de ellos parecen usarlas como lugares comunes y muchos más dan la sensación de no ser muy conscientes de lo que dicen o piden, ya que basta que algo de lo que sucede (o les sucede) sea ligeramente diferente de como ellos creen que deberían ser las cosas (o como les gustaría que fuesen) y se transforman en una inagotable fuente de quejas, críticas y lamentos.

Las veces que me ha dado por señalarles la incongruencia de sus comportamientos he obtenido unos pocos «tenés razón», muchas veces confusión y otras tantas un... «¿qué tiene que ver una cosa con la otra?». A estos últimos, luego de recordarles sus dichos me permito preguntarles: «¿Y la voluntad de quién va a ser lo que está sucediendo (a pesar de que no te guste), sino la de Dios?».

Con esta maniobra muchos de ellos entran en la categoría de los confusos (lo que ya es mucho mejor que negar la incongruencia) y alguno que otro me dice... «tenés razón».

A estos y solo a estos les digo que lo que Dios quiere, es lo que es. Es más, lo que es, no es lo que Dios quiere, es Dios. Aceptar lo que es no es una opción, es una arrogancia. Por paradójico que parezca, darse cuenta es la clave de la libertad. Resistirse es la pesada cadena que nos ata al sufrimiento.

Armoniza conmigo todo lo que para ti es armonioso, ¡oh, mundo! Ningún tiempo oportuno para ti es prematuro ni tardío para mí.

Marco Aurelio

No le pidan que me cambie

En mi juventud, nunca fui muy afecto a seguir los dictámenes de la moda en términos de vestimenta. Mi primer traje lo heredé de uno de mis tíos aún vivo, evidencia de que no tenía los recursos necesarios como para andar eligiendo mucho.

No obstante, reconozco que, más allá de mis limitaciones económicas, tampoco tuve nunca el ánimo para hacerlo; la ropa no era tema de mis preocupaciones importantes. Para colmo de males, nunca supe combinar bien las prendas, en parte debido a mi dificultad para distinguir adecuadamente los colores o sus matices (discromatopsia).


Por aquel entonces, debo confesar que no tenía presentes las palabras del gran Maestro diciéndole a sus discípulos:

[...] No se preocupen por [...] la ropa que necesitan para el cuerpo [...] el cuerpo vale más que la ropa. [...] Fíjense cómo crecen los lirios: no trabajan ni hilan. Sin embargo, les digo que ni siquiera el rey Salomón, con todo su lujo, se vestía como uno de ellos. Pues si Dios viste así a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, ¡cuánto más habrá de vestirlos a ustedes, gente falta de fe!

Y continuaba diciéndoles:

[...] Todas estas cosas son las que preocupan a la gente del mundo, pero ustedes tienen un Padre que ya sabe que las necesitan. Ustedes pongan su atención en el reino de Dios, y recibirán también estas cosas.

Mateo 6: 25-34



Ahora que conozco y comprendo el significado y el valor de esas palabras, admito que he empeorado, porque no teniendo ya la excusa económica, algunas veces mi vestimenta puede llegar a ser, digamos que... un tanto descuidada.

No creo, sin embargo, que alcance el nivel como para ser merecedor de alguno de los epítetos que recibo de mis queridos amigos tales como: «¡No seas bichicome!». «¡Parecés un linyera!». «¡Qué poligriyo!». «¡No puede ser, sos un ciruja!», y otros similares que ni recuerdo.

Algunas veces han llegado al extremo de fotografiarme con sus celulares y difundir esas imágenes entre ellos haciendo comentarios como: «No puede ser que vaya a ver al obispo vestido con la joggineta que se compró en el *mall* sin techo», refiriéndose sarcásticamente a la feria donde compro muchas de mis prendas de vestir e íntimas.

Como ya se imaginarán, los comentarios de mis amigos no se refieren a que mi ropa esté sucia, sino que desentona con mi estatus, que no se ajusta a mi figura o no es de muy buen gusto o que carece de una marca conocida en plaza.

A fin de ser justo debo admitir que algunas veces mis atuendos han resistido más lavados de los admitidos por los estándares ciudadanos, y entonces sucede que lo que para algunos es gastado, para mí, y seguramente para la mayoría de los lectores, es cómodo.

En su intento por cambiar la situación, varios de ellos han llegado al extremo de recurrir a Lilian, conocida por su buen gusto, distinción y elegancia, pidiéndole por favor que haga algo al respecto.

Por suerte, ella se ríe y se limita a aconsejarme compasivamente cuando sabe que la ocasión realmente lo amerita. En esos casos (charlas, conferencias, casamientos o similares) yo accedo humildemente a su consejo, porque sé que tengo que vivir en este mundo y que cuando hay que jugar el juego, hay que jugar el juego.





También sé que lo único que debo hacer en esas circunstancias es recordar que se trata precisamente de un juego, de un sueño, de «un cuento contado por un idiota, lleno de palabras y de furia, que no significa nada».

Por último, a todos mis queridos amigos, a los que sé sinceramente preocupados por mi imagen pública les digo que cuando utilizan a Lilian como vía de persuasión, a buen puerto van por agua. Mejor sería que ahorrasen sus esfuerzos y...

no le pidan que me cambie
porque juntos en la vida
ella al suyo y yo a mi modo
aunque a veces no parezca,
hombro con hombro y codo a codo,
la elegante dama y yo
somos cómplices en todo.





El fin del sufrimiento

El fin del El fin del sufrimiento es el cese de la búsqueda, incluida la búsqueda del final del sufrimiento. *de*



Una joven encantadora

Una encantadora y joven ejecutiva solicitó una entrevista para coordinar mi participación en un evento que la institución que ella dirige en Uruguay estaba organizando y al cual me había hecho el honor de invitarme.

Ana, mi secretaria, revisó mi agenda que, por estos tiempos, gracias al cielo, tiene espacios de sobra y coordinó una reunión para el siguiente miércoles, en mi oficina, a las 10:30 a.m.


Un par de días antes de lo acordado y por razones que no recuerdo, llamé para posponer la reunión. Ana coordinó un nuevo encuentro para el viernes siguiente a la misma hora y en el mismo lugar.

A las 10:30 en punto, como es mi costumbre, estaba en mi oficina esperándola. A las 10:45, viendo que no llegaba, le pedí a Ana que la llamase. Ella me pasó el llamado porque mi joven amiga se había olvidado de la entrevista y quería disculparse por su comportamiento.

Después de un par de disculpas la interrumpí para reagendar la reunión, que esta vez quedó para el lunes siguiente a la misma hora. Acto seguido bajé al apartamento en el que vivo, es decir, cuatro pisos debajo del de mi oficina; me preparé el mate, recogí el libro que estaba leyendo en ese momento, cargué el perezoso de madera que tengo en el palier de servicio y me fui a leer y a tomar unos amargos al solcito en el parque frente a mi edificio.

El lunes siguiente, ambos fuimos puntuales. Mi joven amiga comenzó nuevamente a excusarse por su olvido y, nuevamente, tras un par de «perdoname», decidí contarle lo que me sucedió aquel día.

«En realidad», le dije, «no hice un infarto, no me dio ni siquiera un dolor de cabeza, no postergué ninguna otra actividad o entrevista, no perdí ni un centavo y es más, bajé a mi casa, me preparé el mate, tomé un buen libro, mi perezoso y me fui a leer y a matear al parque, así que en realidad, no me pasó nada. Es más, si te tuviera que decir, la pasé muy bien. Entonces, ¿por qué debería estar enojado con lo sucedido?»



Por otra parte, todos nos olvidamos de cosas, yo también, y en lo que a mí se refiere, cada vez me sucede con más frecuencia. No pasó nada, sigamos adelante».

En fin, cuando estoy despierto, como fue el caso, puedo distinguir lo sucedido concretamente de mis ideas, suposiciones y opiniones acerca de lo sucedido.

Sé que, de la misma manera que al despertar puedo distinguir un sueño de lo que ocurre en mi estado de vigilia, puedo darme cuenta y distinguir aquello que es y sucede (exactamente como sucede), de aquello que me imagino o supongo acerca de lo que sucede, y eso es libertad.

Por el contrario, tengo la absoluta seguridad de que si hubiese montado el escenario mental esperado para estas situaciones y dejado salir el clásico personaje del veterano ilustre que ha sido insultado y se siente ofendido por la insolencia de una jovencita irrespetuosa, el curso de la opereta y el final de esta hubiesen sido absoluta y aburridamente previsibles, así como desastrosos para los intereses de ambos.

Finalmente, mantuvimos una reunión eficiente y encantadora de la que salí sintiéndome en paz y en armonía con ella y conmigo mismo, y que hasta hoy, muchos meses después, recuerdo con placer.

Recuerda que no insulta aquél que injuria o golpea; lo que insulta es el criterio que establece estas acciones como ofensivas. Por lo tanto, si alguien te provoca, ten presente que es tu propia opinión la que te está provocando.

El Enquiridión





Una disquisición sin mayor aspiración

Se pueden oír sonidos. Se puede ser consciente de los sonidos. Para ser consciente de los sonidos, uno debe ser silencio, o sea, lo que no es sonido.

Ahora bien, no se puede oír el silencio. El silencio no puede hacer vibrar la membrana del tímpano y, por tanto, no puede desencadenar el mecanismo de la escucha. Lo que sí se puede es ser consciente del silencio. Se puede, por tanto, ser consciente de la consciencia que uno es.

Ser consciente de los sonidos y, en especial, ser consciente del silencio es una excelente práctica espiritual.

El tornillo sacramental

Cuando mis dos hijos eran aún muy pequeños, supimos tener una casita pequeña en el lado norte del balneario Salinas, que le habíamos comprado a mi tío Nelson Decaro, a quien todos conocíamos como el tío Bebe, porque era el menor de los hermanos de mi padre.

En ese entonces, y tan solo para que se ubiquen en el tiempo, los préstamos del Banco Hipotecario con el que pude adquirir la propiedad eran no reajustables.

Por la distancia a la que se encontraba la casa de la costa, a la playa teníamos que ir en auto. En esa época conducía el primero que tuve, un Fiat verde del año 1946, ya viejo para aquel entonces.

Nos detuvimos en el estacionamiento que quedaba a bastante distancia de la orilla del mar y luego de bajar bolsos, baldes, palas, moldes, sombrilla, etc., coloqué las llaves del auto en un costado de mi cintura, apretadas a mi cuerpo por el elástico del short de baño. Les habíamos comprado a los chicos, para Reyes, un pequeño helicóptero, de esos que se hacen volar tirando de una piola. Entre las carreras y las carcajadas provocadas por los vuelos, algunos lindos y otros desastrosos, de aquel aparato, me olvidé de las llaves.

Tomamos todos un largo baño, luego nos quedamos con Lilian un rato al sol conversando mientras Gabriela y Pablo jugaban con arena, hasta que llegó la hora de regresar a casa, momento en que me di cuenta de que no tenía más las llaves en mi cintura, las que seguramente reposaban en el fondo del Río de la Plata, en algún lugar cercano a la costa.

La aleta de la puerta delantera del lado del conductor era relativamente fácil de abrir, así que no fue gran problema entrar en el auto utilizando un alambre que encontré tirado en el lugar. El problema venía luego.





Aquel Fiat arrancaba en dos pasos. Primero, había que introducir una llave cilíndrica, pero con muescas en un hueco del tablero para hacer contacto (algo parecido a lo que utilizaban las motos de la época), y luego había que tirar de un botón blanco que daba el arranque.

Aquel alambre que ofició de abrepuertas, hizo las veces de llave de contacto que Lilian tuvo que mantener con cuidado en aquel orificio hasta llegar a casa. Aunque, por supuesto, el auto se detuvo varias veces en el trayecto, finalmente lo logramos.


En aquella época, ambos recién recibidos, no contábamos con un servicio de auxilio prepago al que recurrir, así que decidí resolver el problema por las mías.

La casa tenía un pequeño garaje que no acostumbrábamos utilizar para el auto por varias razones. No eran frecuentes los robos de autos por más que se los dejase afuera y menos de uno como el nuestro. Por lo espacioso, utilizábamos aquel lugar los días de lluvia para almorzar o cenar, o tan solo pasar el rato jugando al veo veo. Finalmente, era mi lugar de trabajo, porque ahí dentro había un banco de carpintero y muchas herramientas que me dejó mi tío y que pertenecieron en su momento a mi abuelo Constantino, que tenía ese oficio.

Decidí entonces, con ese instrumental, reproducir la llave de contacto según el recuerdo que tenía de ella, utilizando un tornillo del tamaño y forma aproximada, pieza que limé durante horas con mucho cuidado, tratando de repetir las muescas del original. Se sucedieron pruebas y más pruebas, idas y vueltas, lima y soplidos hasta que aquel tornillo giró en el lugar y por fin pude arrancar el auto ante el júbilo de toda mi familia, que festejaba como si hubiésemos sacado la lotería.

Muchos me decían que tenía que consultar a un cerrajero, no solo para hacer una llave como la gente, es decir, una que tuviese el aspecto de una llave y no el de un tornillo de cabeza hexagonal que apenas se podía agarrar para girar, sino también para hacer la llave de la puerta, porque seguíamos sin poder cerrar el auto.





Mientras tanto, yo sostenía de manera irreductible que las llaves iban a aparecer, que si el mar saca cantos rodados, iba a sacar mis llaves y no solo eso, sino que me serían devueltas, salvo la interferencia de alguna tontería humana.

Por aquel entonces, en la bajada a la playa que utilizábamos, había un precario kiosco de refrescos y sándwiches, a cuyo dueño le pregunté durante varios fines de semana si alguien le había entregado unas llaves. No tengo registro de cuántas veces la respuesta fue negativa, pero sí de la vez en que me preguntó: «¿Son unas como de moto?». Quién nos estuviese mirando, hubiera creído que por segunda vez los Decaro nos habíamos ganado la lotería.

Por supuesto, no tengo más el Fiat, pero aún conservo sobre mi escritorio, como un trofeo, aquella llave tornillo que ahora luce colocada sobre una base de madera adecuada que le saqué a un caleidoscopio.

Aun hoy, tantos años después, muchas veces aquel artilugio vuelve a la vida. Algunas veces se lo he mostrado a mis nietos y les he contado la historia, otras lo utilizo en alguna de mis charlas y allí sé que unos ven solo un tornillo viejo limado; otros ven una llave de contacto extraña de un auto viejo. Otros, quizás unos pocos, ven en aquella rara pieza de metal un sacramento de la tenacidad, la perseverancia y, en especial, de la confianza y la fe. Cada vez que yo la miro, recuerdo agradecido que estas bendiciones habitan en mí y que son un verdadero tesoro.

Entre aquel entonces y ahora existen dos diferencias. La pequeña diferencia es que en aquel momento creía que esos dones me pertenecían, al igual que los resultados obtenidos. Ahora sé que me fueron dados y que sobre los resultados de su aplicación no tengo ningún control. La gran diferencia es que ahora vivo más atento y en calma.





El precio de una ilusión

El precio

El precio de la ilusión de control es el miedo.



El año del dolor

Sobre fines de febrero del 2014 tomé la decisión de reintegrarme al club del que soy socio vitalicio y al que, quizás por esta razón, visitaba muy esporádicamente.

Al tercer o cuarto día, mientras pedaleaba en una de las tantas bicicletas fijas que hay, se acercó una profesora de Educación Física que me dijo que el calzado que estaba usando no era adecuado ni permitido. Eran unas sandalias de goma.

Me preguntó si no tenía zapatos deportivos, a lo que le contesté afirmativamente y le prometí que al día siguiente los traería puestos. Insistente, me preguntó si no podía ir a ponérmelos en ese momento, a lo cual me negué, porque implicaba ir hasta mi casa y, aunque no distan más de dos cuadras, me parecía un exceso. Accedió a dejarme continuar por ese día y amablemente le agradecí su comprensión.

Aunque no sé qué día realmente sucedió, si ese mismo día o alguno de los anteriores, lo cierto es que la correa posterior de la sandalia rozó, durante largo rato y sin que lo notase, la piel sobre el tendón de Aquiles de mi pie izquierdo. Esto provocó inicialmente una casi imperceptible lesión que, a la postre, se transformó en una úlcera de algunos centímetros en el fondo de la cual se llegaba a divisar el mismísimo tendón.

La herida cerró unos diez meses después, no sin antes haber tenido que pasar por una fallida cirugía plástica, pomadas, polvos y brebajes de todo tipo y color; lavados y cepillados con todos los antisépticos, jabones y yuyos cicatrizantes habidos y por haber; parches curativos, antibióticos por vía general y local, y hasta una visita a la infaltable curandera.

Felisa es el nombre de la licenciada en Enfermería que logró, en un par de meses de arduo y paciente trabajo diario, el milagro de cerrar aquel horrible cráter de mi pie que parecía querer acompañarme hasta la tumba y que, como jamás me había sucedido, me invalidó por un lapso de casi un año que me pareció eterno.





Lo que no he relatado hasta ahora es el tremendo dolor tipo neurítico que acompañó la lesión durante toda su existencia. No cejaba nunca, solo tenía altibajos y era totalmente desproporcionado con el tamaño de la lesión. Lograba despertarme casi todas las noches y solo aliviaba quitando la curación con la que la cubría y aplicando algún anestésico local.

Por vía general, solo los analgésicos con algún derivado de los opiáceos parecían mitigarlo y en algunas oportunidades necesité recurrir a los servicios de emergencias móviles.

Me hacía imposible calzarme y realmente difícil el caminar, por lo que pasaba largas horas del día sentado con la pierna en alto. Bañarme era un suplicio y curarme, muchas veces por mis propios medios, era una tortura. Cuando por casualidad rozaba o golpeaba la zona con lo que fuese, como dice la expresión popular, me hacía ver las estrellas.


No resisto la tentación de definirlo utilizando el calificativo de insoportable, aunque el hecho de que esté escribiendo este relato sea testimonio de que lo soporté, pero, para aquilatar la intensidad y la persistencia de aquel dolor, debo reconocer que pensando en que el proceso parecía no tener fin, más de una vez pasó por mi mente ponérselo, amputándome la pierna.

En fin, el 2014 será, mientras viva, un año que recordaré como el año del dolor.

Aunque ahora tengo claro que nada en la naturaleza tiene un sentido o una finalidad, no dejo de reconocer que en el fondo de mi ser pretendía encontrar un *para qué* a todo ese martirio.

Entre otras cosas, descubrí en carne propia que aquello del talón de Aquiles no es solo una metáfora referente a cualquier vulnerabilidad o flaqueza física o psíquica que tengamos los humanos.





Es realmente un punto débil de nuestra anatomía que seguramente no fue elegido al azar por Homero para dar por tierra con la supuesta inmortalidad del personaje central de su impresionante epopeya.


Sin embargo, esto no fue lo más importante. Tengo claro que, concomitantemente a la lesión de mi pie, comenzó a aparecer en mi vida un tema muy antiguo para las escuelas espirituales del mundo, pero nuevo para mí, que es el de la aceptación.

Puedo asegurar con certeza que los primeros libros que adquirí, a los que siempre les inscribo una fecha o como mínimo la estación que transcurre y el año, datan del otoño de este fatídico 2014.

Durante meses, leí, reflexioné, conversé con amigos y hasta llené varias libretas de apuntes, recortes y fotocopias sobre el tema. Pegué, como hago habitualmente con los temas que más me interesan, numerosos carteles en los espejos de los baños, en puertas de armarios y roperos, y en los lugares más visibles de la casa, para que me recordasen no resistir, dejar ir y entregarme en cada oportunidad que los viese.

Desde que comenzó ese interés, no me ha abandonado y solo ha sabido de crecimiento en dedicación y entusiasmo. Lo extraño, y aunque pueda parecer absurdo, es que fue hace poco tiempo que reconocí la relación e hice una conexión entre la dolencia física que les acabo de contar y mi reciente pasión por este tema. Durante meses, ambos procesos marcharon paralelos en mí sin que yo fuese consciente de coincidencia o causalidad alguna.

A comienzos del 2015, época en la que ya estaba curado del talón y todo lo que me quedaba era una rugosa cicatriz, pensé que quizás esta comprensión llegó un poco tarde; quizás estos *darme cuenta* sobre aceptación y abandono me hubiesen sido más útiles si los hubiese tenido en pleno auge de mi herida, si hubiese asociado mínimamente una cosa con la otra. Entre otras cosas, me hubiese ahorrado alguna que otra protesta inútil y varios episodios de quejas y lamentaciones improductivas.



No pasó mucho tiempo para que me diese cuenta de lo desacertado de esta afirmación. En mayo, con motivo de mis exámenes médicos anuales, me diagnosticaron un cáncer de próstata y entonces caí en la cuenta de que si de aceptación se trataba, tal vez aquello por lo que había pasado había sido tan solo una práctica, un entrenamiento, y ahora venía el partido real.

Con esta información que no tenía pensé: «¡Qué a tiempo parece suceder todo! Dentro de las historietas, muchos sucesos parecen ocurrir a destiempo. Fuera de las historietas nada es prematuro ni tardío, todo es perfecto. Estas comprensiones son muy oportunas y me vienen como anillo al dedo, justo cuando más las necesito».

De lo que ahora también estoy seguro es de que este partido no es la verdadera final, sino una nueva práctica, una preparación para el partido de fondo, que, como todos, voy a tener que jugar, y en el que sin lugar a dudas voy a perder.

Con la ayuda de Dios y de este tiempo de práctica, espero hacerlo con dignidad y por la mínima diferencia.

La enfermedad de los sastres

Un matrimonio amigo nos contaba durante una cena que uno de sus nietos, de 4 años, luego de haber jugado a la pelota con su tío y al despedirse le preguntó: «¿Te gustó cómo atajé, tío? ¿Te gustó?».

Acto seguido comentó que un rato antes, luego de haberse llevado un rezongo de parte de su padre por una travesura y de haber prometido que se iba a portar bien, le preguntó a su progenitor: «¿Estás contento conmigo ahora, papá?».

Si bien puede ser que el relato tuviese la intención de sonar gracioso, casi instantáneamente me entristecí. «¿Cómo es posible», me dije, «que, tan chiquito, alguien ya esté condicionado para que le importe tanto la opinión de los demás? ¿Cómo es posible que los mayores no nos demos cuenta y creamos que esa prisión en que metemos a nuestros descendientes es algo hasta gracioso de contar?».


«Qué broma macabra», pensé, «que aquellos que más nos quieren, nos eduquen para sentir que si no hacemos o decimos algo de tal o cual manera, no valemos, o no somos buenos, o no seremos exitosos, respetados, importantes o lo que sea en la vida».

«Qué precozmente y de qué sutiles formas», me dije, «nos hacen entender que para estar bien, ser queridos o aceptados, y a veces hasta para existir, siempre tenemos que llenar ciertos requisitos y condiciones, algunas veces razonables y otras estúpidas o antojadizas. Cómo, después de grabadas, esas tonterías nos persiguen por el resto de nuestras vidas, y hasta el día del juicio final seguimos preguntando: “¿estás contento ahora conmigo?”».

En eso estaba, tratando de seguir como podía con la conversación que ahora se entreveraba con mis pensamientos, cuando una historia, que hacía poco había leído, apareció en mi mente.

Decía más o menos así:





Una persona concurre a una sastrería a comprarse un saco de vestir. Al probárselo, nota que la manga izquierda le queda un poco larga y solicita acortarla.

—No es necesario —le dice el sastre—, todo lo que tiene que hacer es doblar un poco el codo y sacarlo hacia fuera. ¿Ve como ahora le queda perfecta?

—Sí —le dice el comprador—, pero cuando doblo el codo como usted dice, el cuello se deforma.

—No es problema, tan solo estire la cabeza hacia arriba y hacia atrás, y verá que se soluciona —le responde.

—Pero ahora mire cómo el hombro derecho queda varios centímetros más bajo que el izquierdo.

—Eso es muy fácil. Todo lo que tiene que hacer es levantar un poco la cadera de ese lado y lucirá perfecto.


El hombre sale de la sastrería luciendo su nuevo saco con el codo doblado y hacia fuera, la cabeza estirada hacia arriba y hacia atrás, y la cadera torcida, todo lo cual lo hace caminar de manera muy bizarra.

Dos hombres que pasaban por el lugar comentan:

—Pobre, mira qué deforme es ese hombre; siento pena por él.

—Sí —dice el otro—, pero debe tener un sastre espectacular; el saco le queda perfecto.

En fin, el nieto de mis amigos no es para nada la excepción. Acá no se salva nadie. Todos hemos tenido que agrandar y adaptarnos a muchos y muy malos sastres, y en ambos rubros me incluyo.



Luego de un tiempo terminamos creyendo que la forma extravagante y penosa que tenemos de andar por la vida, fruto de intentar corregir o disimular defectos inexistentes, es nuestra verdadera naturaleza.

La única diferencia de esta historia con el mundo real es que en el mundo real no hay ni sastres ni transeúntes sanos, todos lucimos contrahechos.

En el mundo real, nadie se salva de la enfermedad de los sastres y lo peor de todo es que no hay casi nadie que lo note, y tampoco a quién reclamar; todos somos inocentes, víctimas de víctimas.

Todos hemos tenido que adoptar posturas, comportamientos y peor aún, ideas, creencias y valores bizarros, y con ellos hemos desarrollado personajes contrahechos de culebrones baratos y aburridamente repetitivos, basura sublimada, cargada de sufrimiento e infelicidad.

Descubrir una vacuna contra la «enfermedad de los sastres» lograría inmensos ahorros en los gastos en salud. Toneladas de ansiolíticos, tranquilizantes, antidepressivos, hipnóticos, alcohol y otras drogas, así como millones de horas de psicoterapia en todo el mundo dejarían de ser necesarios. Eso sí, debería poder administrarse intraútero, porque algunos sastres nos las ingeniamos para encontrar potenciales defectos hasta en esa etapa.

Ser bello significa ser usted mismo. No necesita ser aceptado por otros. Lo que necesita es aceptarse usted mismo.

Thich Nhat Hanh





Iluminación

Iluminación

Iluminarse no es llegar a un estado de eternas bendiciones.
Iluminarse es darse cuenta de que ese estado no existe y dejar de buscarlo.

Lo que hace falta

No hace mucho tiempo recibí por mail este comentario de un querido amigo:

Mi pobre esposa se pasó un día esperando que yo saltara del trampolín del hotel Nirvana. Medio viejo como ya soy, todavía me daba miedo tirarme de cabeza desde una altura de 3 metros.

Subía, me paraba en la punta, estaba un rato y terminaba saltando en soldadito. Un papelón frente a los otros turistas. Primero de mañana y después de tarde. Hasta que algo me hizo dejar de pensar en el impacto con el agua y centrarme en cómo debía ser mi «vuelo» para llegar bien. La panza plana, derecha, el ángulo no muy cerrado; más bien mi intención debía ser hacia adelante y la gravedad haría el resto...

No me costó nada saltar. El miedo y la inquietud desaparecieron.

Poco tiempo después, otro amigo me hace llegar el siguiente diálogo extraído del libro *Zorba, el griego*.


—Quizás me quede aquí contigo, Zorba... —dije, alarmado por el desesperado enternecimiento de Zorba—. Quizás vuelva aquí contigo. ¡Tengo entera libertad de mis actos!

Zorba meneó la cabeza.

—No, patrón, no la tienes. La cuerda que te sujeta es un tanto más larga que la de los demás. No hay otra cosa. Tu cuerda, patrón, es larga; vas y vienes, crees que libremente; pero no cortas la cuerda. Y mientras no se la haya cortado...

—¡La cortaré algún día! —dije desafiante, pues las palabras de Zorba herían en mí una llaga abierta y me escocían.

—Difícil es, patrón, muy difícil. Para ello es menester una pizca de locura, de locura ¿oyes? ¡Y arriesgarlo todo! En cambio, tú tienes muy sano el cerebro y él podrá más que tú. El cerebro es buen tendero que lleva correcto registro de gastos, de entradas, de beneficios logrados y de pérdidas.



Es un prudente tenderillo que no arriesga todo, sino que aparta reservas para las contingencias inesperadas. No corta la cuerda; al contrario, la tiene bien sujeta en la mano, el muy pillo; porque si se le escapa está perdido. ¡Perdido sin remedio! Pero, dime tú: si no cortas la cuerda, ¿qué sabor tiene la vida? ¡A infusión de manzanilla, a insípida infusión de manzanilla, no a ron que te permite ver el mundo del revés!

Calló y llenó otro vaso; pero lo dejó sin beberlo.

—Tienes que disculparme, patrón —dijo—, yo solo soy un necio. Las palabras se me pegan a los dientes como el barro a los pies. No logro trenzar bonitas frases y gustar cumplidos. No lo puedo. Pero tú me entiendes.

Vació el vaso y me miró.


—¡Tú entiendes! —exclamó como si de pronto lo dominara la ira—. ¡Tú entiendes y por eso no hallarás nunca paz! Si no entendieras serías dichoso. ¿Qué te falta? Eres joven, tienes dinero, gozas de buena salud, eres inteligente, de buena índole. ¡Nada te falta, rayos! A no ser una cosilla única: un grano de locura. Y cuando eso falta, patrón...

Meneó la cabezota y calló de nuevo.

Cuando lo leía recordé una historia con la que el padre José Fernández Moratiel, iniciador de la Escuela del Silencio, solía comenzar algunas de sus charlas. Decía más o menos así:

Una persona caminaba por el campo en plena noche y comenzó a formarse una espesa niebla que apenas permitía ver.

De pronto cae en el vacío, como si el suelo hubiese desaparecido bajo sus pies y mientras se precipitaba en el barranco, a duras penas logra asirse de una rama que sobresalía de la pared.



Aterrorizado, comienza a suplicar por ayuda, primero a los gritos, luego ya cansado y muerto de miedo, suplicando plañideramente.

De pronto, comienza a escuchar una voz calma y profunda cuya procedencia no logra identificar que le dice: «¡Soltate!». «Ni loco», se dijo internamente, pero la voz volvió a repetirle con claridad: «¡Soltate!».

Después de resistirse al consejo en varias oportunidades más, ante la insistencia de la voz y la carencia de otro recurso disponible, ya exhausto, decide soltarse para descubrir, no sin sorpresa, que estaba a tan solo 10 centímetros del suelo.

Cuando mi mente hilvanó los tres relatos, armé nuevos carteles recordatorios para pegar, que tenían las siguientes leyendas que resumen mis conclusiones de la saga que acabo de contarles: ¡Tené confianza! ¡Hacé lo que Dios te dice! ¡Soltate!

En fin, hoy, por último, les acabo de enviar un mail sobre el tema a mis amigos del grupo de los martes que dice:

Estimados amigos:

Para ser libres y vivir en paz hay que abandonar los personajes y la historieta. Soltar y dejar ir por siempre, y eso... aterroriza.

No se trata de entender; el mensaje es claro. Lo que hace falta es confianza y una pizca de locura.

Un abrazo y buen fin de semana.

Yo



Un buen día entendí

Un buen día entendí el significado del pasaje bíblico que se ha hecho popular y que dice: «Y otra vez os digo que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de Dios» (Mateo 19:24).

En realidad, no tiene que ver con el dinero propiamente dicho, las propiedades o los objetos que se pueden adquirir, los viajes, las comodidades, los vestidos o las comidas que se pueden disfrutar teniendo mucho dinero. Tiene que ver con lo que un hombre tiene que hacer para obtenerlo, luego acrecentarlo y finalmente conservarlo.

En este caso, no estoy dando a entender que se deban cometer necesariamente acciones delictivas para lograrlo, lo que solo haría más clara la imposibilidad señalada en el pasaje evangélico. Basta simplemente con darse cuenta de que la disposición mental necesaria para conseguir y mantener una fortuna está muy lejos y no deja espacio para el estado de conciencia que Jesús llamaba «el reino de los cielos».

Uno y otro conducen a puntos de vista, pensamientos y a acciones diferentes. Me refiero a que «ningún siervo puede servir a dos señores, porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a Mamón» [lo que da seguridad] (Mateo 6:24).

En fin, lo que quiero decir es que lo que el pasaje finalmente señala es que *no se puede confiar, estar en paz y tener miedo al mismo tiempo.*

Las cuentas del collar del Buda

Muchas veces pensé que los populares collares de cuentas que utilizan los budistas para meditar —también llamados «mala», «yapa mala», «rosarios budistas o hindúes»— debían tener un número determinado de cuentas y que seguramente, cualquier cantidad no era admisible, en especial para aquellos que se consideran practicantes ortodoxos. En realidad, pensé que esta rigurosidad sería similar al número de cuentas que tiene un rosario cristiano, cifra que conozco por formación.

Hace unos días estaba hospedado en un hermoso *lodge* en la Patagonia argentina y sobre una de las mesas del espacioso living central había una estatuilla del Buda de gran tamaño tallada en madera, y enroscado en su cuello, un collar de cuentas de madera.

Me tomé el trabajo de contar las piezas de madera que lo componían y conté un total de 108. Anoté el número para no olvidarlo y poder corroborar luego en Internet si aquella cifra era la «correcta» o no.


Vuelto a casa, cuando el tema volvió a mi mente, busqué en la red y definitivamente dicen los que saben que el número correcto de cuentas de un mala es 108 y que, eventualmente, puede tener 109.

La finalidad del mala es contar oraciones sagradas, frases o mantras durante un tiempo determinado pasando una cuenta con los dedos por cada recitación.

Dicen los conocedores que también podría ser utilizado para cualquier tipo de rezo sagrado de cualquier tradición espiritual o religiosa. De hecho, muchos refieren los orígenes de este tipo de collar al hinduismo y no al budismo, y es probable que así sea.

Según el diccionario sánscrito-inglés de Monier-Williams, *yapa* significa 'murmurar oraciones, repetir en un tono susurrante pasajes de las escrituras sagradas, encantaciones, o nombres de una divinidad', mientras que *mala* significa 'guirnalda'.





La recitación puede hacerse en voz baja o alta, pero lo importante es decir el mantra o la oración escogida de manera atenta, algo similar a rezar el rosario.


Ahora bien la pregunta del millón es, ¿por qué tiene 108 cuentas? y aquí viene la parte más complicada. Entre muchas explicaciones, unos dicen que 108 es un número sagrado que surge de multiplicar las 12 casas astrológicas por los 9 planetas del sistema solar. Otros dicen que cada cuenta corresponde a los 108 nombres principales del dios Vishnu. Otros expertos aseguran que la lectura secreta del número 108 es: «No existe diferencia entre Aquello (Dios) y el Ser (el Hombre)».

Otros creen que el número 9, llamado el «indestructible» o el «inmutable» es Brahm, Dios, ya que por cualquier cantidad que se lo multiplique, el número que se obtiene de la suma de los números del resultado siempre es 9. El número 108 que nos ocupa, dicen, contiene el número 9 ($1+0+8=9$), o sea, a Dios.

A esta altura como se podrán imaginar, dejé de explorar los posibles significados o razones del número 108, porque si le agregamos la posibilidad de que un mala puede tener 109 cuentas, la cosa se complica aún más. Mientras que para algunos esa cuenta extra, ligeramente diferente, representa o recuerda al maestro o gurú del poseedor, para otros representa el monte Meru o morada de los dioses.

Totalmente abrumado me di por vencido, y en ese momento recordé una historia que solía utilizar en mis talleres y que resultaba muy esclarecedora en situaciones similares a la presente, así como un excelente reductor de la complejidad.

Había una vez una señora que preparaba un delicioso matambre en ocasión de las fiestas familiares. Eso sí, tenía la extraña costumbre de cortarle ambas puntas.



En una oportunidad, uno de sus familiares le preguntó a qué era debido que le cortase las puntas a los matambres y la señora le respondió que no sabía, que ella había aprendido a hacerlos de su madre, y que su madre siempre se las cortaba.

Como la madre se encontraba en la reunión, este curioso pariente decidió preguntarle y, para su sorpresa, esta le contestó: «En realidad no sé; yo aprendí a hacerlos de mi madre y ella siempre le cortaba las puntas».

Dado que la abuelita también estaba participando de la fiesta, y ahora más curioso que nunca, nuestro intrigado comensal decidió encarar a la Nona.

«Abuela», le dijo, «acabo de preguntarle a su nieta por qué le corta las puntas a los deliciosos matambres que prepara y me dijo que porque su mamá, o sea su hija, de quien aprendió, siempre se los cortaba. Cuando le pregunté a su hija, me dijo que ella tampoco sabía la razón; que ella había aprendido de usted y que usted siempre le cortaba las puntas. Dígame, ¿por qué lo hacía?».

«En realidad le cortaba las puntas a los matambres porque tenía una olla muy chica y no me entraban».

Entonces pensé, «¿no será que el primero que hizo un collar para ayudarse a rezar tenía en una cajita 108 cuentas, las enhebró y punto?».

Luego, y como siempre sucede, vinieron las interpretaciones, las distintas versiones acerca de la realidad, las divisiones, los que defienden un punto de vista y los que defienden el opuesto (a lo que cada uno llama «el verdadero»). De ahí al nacimiento de un conflicto, una guerra y las miserias que la acompañan hay tan solo un pequeño paso.

¿Qué significan las 108 cuentas del collar del Buda? Hoy tengo dos formas de responder a esa pregunta. En la realidad, nada. En el sueño, en las historietas, lo que usted quiera o le guste más.





¡Escuche música!

¡Escuche

La música trae al presente.
No se puede escuchar en el pasado.
No se puede escuchar en el futuro.
Si usted está ahí, le aseguro,
no está escuchando realmente.



Un mate como para Dios

Este relato lo estoy escribiendo porque el esclavista que llevo dentro me levantó de la cama donde reposaba después de almorzar diciéndome: «Te vas a olvidar de esta idea, como te ha pasado tantas otras veces, y luego te vas a lamentar».

En un retiro anterior, había terminado de desayunar y estaba cómodamente sentado en una reposera de lona verde bajo la sombra del señorial jacarandá, uno de los tantos frondosos árboles del fondo de la adorable casa de Manresa.

No soy bueno con las descripciones, pero el espectáculo era sublime. Era una mañana radiante, con un sol espectacular y un cielo azul sin una nube. Aunque soy daltónico, sé que había verdes de todos los matices imaginables. Pájaros de diferentes especies trinaban por doquier. Mariposas volando, abejas libando, el rosedal cubierto de flores y la estatua de la Virgen María rodeada de enormes agapantos azules hacían del momento y del lugar algo insuperable.

Como si aquello no fuese suficiente, como si no alcanzase, como si no fuese perfecto, escucho una voz en mi cabeza que dice: «¿Por qué no te prepararás un mate?». ¿Sutil verdad? ¿Qué cosa más parecida a descansar que prepararse un mate?

Por las dudas, aclaro que preparar un mate es una acción, no es un descanso y mucho menos quietud. Es hacer, no ser. Aunque parezca reposo se trata de una actividad, y más en este caso que implicaba dejar el lugar donde estaba, subir dos pisos por escalera para ir a la habitación a buscar todos los implementos y luego llegar hasta la kitchenette, donde es posible calentar el agua para esos menesteres.

Por suerte estaba atento, y casi instantáneamente pensé: «¿Por qué no te dejás de j...?». Y ahí me quedé, quietito nomás, sin hacer nada, solo siendo, como Dios manda.





Sin embargo, la perseverancia e ingenio de mi esclavista no termina ahí. Llegada la tardecita estaba leyendo en mi habitación y me dije: «Ahora sí es tiempo de prepararme un matecito». Coloqué yerba en el mate, le puse la bombilla dentro, tomé el termo para llenarlo con agua caliente y salí de la habitación. De pronto desperté y me di cuenta.

Iba a mil por hora por el corredor que lleva al lugar donde se encuentra la jarra eléctrica, que distaba unos escasos 20 o 25 metros de la puerta de mi cuarto. Me desplazaba como si para preparar ese mate tuviese una *death line*, como si fuese una cosa de vida o muerte, como si tuviese que —aun en esa tarea, en ese momento y en ese lugar— mostrar dinamismo y eficiencia.

Por supuesto que de inmediato paré la mano. Primero enlentecí el paso, yo diría que hasta exageradamente, y comencé a disfrutar del apoyo de las plantas de mis pies en la rústica alfombra. Al llegar al lugar armé ese mate con más cuidado, concentración y minuciosidad que el que ponen los japoneses en la ceremonia de preparación del té. Lo hice concentrado, con total atención, meditando.

Preparé un mate como para Dios, porque había entrado nuevamente en su reino. Lo tomé serenamente, cómodamente sentado, disfrutando cada sorbo, tratando de identificar el sabor y el aroma de cada yuyo de los que usualmente le pongo.

Sin embargo, no es cuestión de cantar victoria porque acá no termina la cosa. Tengo que seguir atento ya que al esclavista que llevo dentro seguro no le gustó la cosa y apuesto que me va a estar esperando. Si me descuido, me copa.



Gracias a Spotify

Para aquellos que no la conocen, Spotify es, seguramente y desde hace años, la plataforma musical más conocida en el mundo, con millones de canciones en su base de datos. Aquellos que utilizan sus servicios pueden escuchar tanto a sus artistas favoritos como explorar nuevos a través de las recomendaciones de la red.

Hace quizás un par de años soy usuario de estos servicios en su versión gratuita. Al menos para mi nivel de exigencia, todas sus emisiones tienen muy buena calidad de sonido y la variedad de canciones clásicas y modernas es amplísima, por lo que, de manera general, estoy muy satisfecho con el servicio. Sin embargo, no todas son flores.


Con la intención de que los escuchas opten por la versión llamada «premium», es decir, la versión paga, aleatoriamente y en el momento menos esperado, cuando uno está escuchando la música que le gusta, ponen una canción con un ritmo totalmente diferente, a mucho mayor volumen, de manera que sea imposible no percibir el cambio, y la acompañan de propaganda de esta versión a la que algunas veces le agregan comerciales de otras empresas o productos.

Para colmo de males los textos son infames y relatados a los gritos por locutores juveniles con voces y acentos ridículos y disonantes. Cada vez que aparece, esta microtortura dura aproximadamente un minuto, y luego retoman la emisión de la música que uno ha seleccionado.

Las ventajas más significativas de la versión premium son la posibilidad de escuchar sin conexión a Internet luego de haber descargado las canciones deseadas y, la más importante, por supuesto, la ausencia de las indeseadas interrupciones y comerciales que acabo de describir.

Aunque entiendo perfectamente el derecho que les asiste de intentar que todos sus oyentes pasen a la versión paga, hasta hace muy poco me resultaba muy molesta, y hasta irritante, la forma elegida.





En realidad, no tratan de persuadir sobre la conveniencia del cambio de categoría, sino de molestar hasta que uno se harte y diga: «Basta, me rindo, pago la versión premium».


Contrario a sus pretensiones, esta maniobra operaba en mí como un estímulo a mi resistencia y rebeldía, y la incluí como un campo más dentro de mi estrategia general de decirle no al consumismo.

No se trataba de que no pudiese pagar lo que esta versión cuesta por mes; lo había transformado en parte de un juego, una apuesta a quién aguanta más o, si se quiere, hasta en una cuestión de honor. «No les voy a dar el brazo a torcer», me decía cada vez que las penosas interrupciones aparecían.

Sin embargo, como todo lo que resiste persiste, mi testarudo comportamiento aliviaba la molestia que me provocaba y, lejos de acostumbrarme, seguía percibiendo los comerciales con total nitidez y desagrado.

Hace unos cuantos días atrás, mientras escuchaba Spotify, estaba leyendo uno de los libros de Thich Nath Hanh, un maestro zen vietnamita postulado al Premio Nobel de la Paz, con quien tuve el gusto de hacer un retiro de una semana en los EE.UU. en el año 2006. Este libro trajo a mi memoria esos días de retiro porque relata en detalle un procedimiento que tuve la posibilidad de experimentar, por primera vez, en aquella oportunidad.

En cualquier momento del día, ya fuera durante una de las largas caminatas en silencio, durante el almuerzo o incluso en medio de una de las charlas de Thay, se escuchaba una campana o como dicen en esa comunidad, alguien invitaba a sonar una campana. El sonido era un indicador para dejar de hacer lo que uno estuviese haciendo, inspirar y espirar dos o tres veces conscientemente, volver al aquí y ahora, y luego retomar lentamente la actividad.



Tanto en el libro como en el retiro, Thay sugiere que cada persona desarrolle sus propios despertadores, ya que esta es la función del tañido de la campana. Propone tomar cualquier sonido de la vida cotidiana que nos recuerde volver al presente, y así lo he venido haciendo durante estos años.

He utilizado como despertadores las campanas de la iglesia cercana a donde vivo; el silbato que usan los obreros de la construcción de un edificio a los fondos del río que suena a las 7, 12, 13 y 17 horas; el zumbido de la cortadora de césped y la sopladora de hojas de los que cuidan el parque frente a mi casa; el sonido del teléfono así como alarmas de autos y casas, bocinazos, sirenas de ambulancias o de carros de bomberos y el ruido de los camiones recolectores de los contenedores de basura.

Aunque pueda parecerle una lista un tanto exagerada, en mi experiencia, es necesario renovar permanentemente los llamadores, ya que después de un tiempo dejan de funcionar. Ahora, gracias a Spotify tengo uno nuevo.

Mientras estaba leyendo y divagando en mis recuerdos del retiro sonó una de las desagradables interrupciones y en ese instante decidí incorporarla a mi lista de despertadores. Cada vez que la escucho dejo de hacer lo que me encuentre haciendo, inspiro y espiro conscientemente tres o cuatro veces, aflojo toda tensión de mi cuerpo y disfruto de la unidad de mi ser. Cuando la propaganda cesa, retomo renovado mis actividades.

Lilian se ha adherido a esta práctica, por lo que muchas veces disfrutamos juntos de la situación, que ahora nos resulta hasta graciosa.

Aunque no lo pueda creer, he descubierto que el despertador de Spotify tiene una serie de ventajas muy interesantes sobre los otros despertadores: su repetición es aleatoria, es muy difícil pasarlo por alto —esté haciendo lo que esté haciendo— y es de corta duración.





En fin, estoy más que satisfecho con este cambio de perspectiva porque, como tantas otras veces en mi vida, he visto cómo un gusano se transforma en una preciosa mariposa, la basura en compost y un dolor en el cu...ello en una caricia para el alma. No me cabe duda, la iluminación es un reencuadre.

Por otro lado, he corroborado la conveniencia de poner en duda mis juicios así como mis calificaciones sobre las personas, las cosas y los sucesos, y he reafirmado una vez más la veracidad de las palabras de Thaddeus Golas cuando dice: «Si aprendes a amar el infierno, vivirás en el cielo».



Seguramente es lo que más necesito

Mi lenta caminata prestando atención a mis pies en cada paso me había conducido a los fondos de la casa de retiro. De pronto, giré la cabeza y estaba parado frente a la estatua de metal del Sagrado Corazón de Jesús ubicada cerca de un enorme ciruelo, junto al muro que limita la propiedad.

De todas las cosas que podían haber venido a mi mente en ese momento y lugar, recordé las palabras de Jesús en el monte de los olivos:

[...] no se haga mi voluntad, sino la tuya.

Lucas 22:42

Acto seguido repetí esas palabras para mí, en voz alta y enfáticamente: «No se haga mi voluntad, sino la tuya». Un instante después me dije: «En realidad lo que más necesito es terminar con la estúpida y arrogante ilusión de creer que en algún momento pudo haber sido mi voluntad, y no la suya, la que hizo que algo en esta vida sucediese».

«Lo que ahora más lamento» pensé, «es haber vivido tanto tiempo bajo la falsa creencia de que todo lo que era y tenía me lo había ganado a pulmón, y que de todo lo sucedido a mi alrededor, yo había sido el autor». Menuda soberbia la mía.

Ahora que entendí que de mis esforzados pero intrascendentes personajes Dios ni siquiera está enterado, me siento arrepentido, porque como resultado del engaño en el que viví y de mi ingenuo empeño en resistir la vida y hacer mi voluntad, me duelen todos los huesos.

Quiero con desesperación aprender a aceptar con humildad, a confiar, a ser uno con el Principio de la Vida, a hacer y juzgar menos, y a contemplar y dejar ir más. En fin, quisiera descargar la pesada mochila que he llevado sobre los hombros por decenas de años y que me tiene rota la espalda. Seguramente es lo que más necesito; mucho más que analgésicos, antiinflamatorios y relajantes musculares.



Un criterio útil

Un criterio

Lo que es, soy o sucede (aquí y ahora) es simple.

Si es complejo, es pensamiento (y por tanto, memoria y anticipación; pasado y futuro).

Los amados de Dios

Me senté frente a mis nietos y les pregunte si sabían quién era Dios. Desde el más grande de 12 años a la más pequeña de 6, respondieron que sí. No fueron tan rápidos cuando les pedí que me dijeran quién era.

Joaquín, el mayor de todos, me dijo muy inteligentemente que no era fácil definirlo, y yo les dije que no lo era ni siquiera para la gente grande y que era más difícil aun ponerse de acuerdo con otras personas.

Entonces les pregunté quién creían ellos que hacía que su corazón latiese y siguiese latiendo mientras dormían, quién cambiaba las estaciones del año, quién provocaba los temporales, quién hacía amanecer cada día o abrir los pimpollos de las flores.

—Dios —me dijeron al unísono.

—¿Quién piensan que hace crecer los árboles, las frutas, el trigo o el arroz, quién provoca las tormentas, quién hace que el viento sople?

—Dios —repitieron una vez más.

—Pues eso es Dios —les dije—, el principio de la vida, o la Vida si ustedes quieren. Y Jesús, ¿quién era Jesús? —les pregunté.

—El hijo de Dios —respondieron varios de ellos.


—Entonces se trata de nuestro hermano mayor, porque todos nosotros somos hijos de Dios. Es más, ¿saben cómo llamaba Jesús a Dios?

—No, abuelo —respondieron.

—Pues lo llamaba «Abba», que quiere decir 'padre' o 'papito', igual que ustedes llaman a sus padres. ¿Tienen alguna idea de cómo fue bautizado Jesús? —les pregunté.

—Ni la más pálida idea —me dijo Joaquín.





—Bueno, a Jesús no lo bautizaron como a ustedes cuando era niño, lo bautizaron cuando tenía ya 30 años. Lo bautizó un pariente suyo que se llamaba Juan y porque se dedicaba a bautizar, le llamaban el Bautista, Juan el Bautista.

Le pedí a Ignacio, el menor de los varones, que se parase para demostrarle cómo se bautizaba en aquella época y les hablé del Jordán, un río que corre cerca de donde Jesús vivía.

—Pero lo más interesante de todo —les dije— fue lo que pasó después que Juan terminó de bautizarlo.

—¿Qué pasó? —preguntaron casi al unísono.

—Cuando Juan sacó a Jesús del agua, una paloma bajó del cielo con un mensaje de Dios para Jesús; se paró en su hombro y se lo dijo al oído.

—¿Y qué le dijo la paloma, abuelo?


—La paloma le dijo: «Tú eres el hijo amado de Dios, Él está contento contigo», eso le dijo. Ahora bien, escuchen con atención porque esta es la parte más importante del relato que les estoy haciendo. Ustedes también son los hijos amados de Dios y Él está contento con ustedes y, ¿saben por qué yo sé eso?

—No, abuelo —respondieron.

—¿Por qué les digo yo que los quiero a todos ustedes? —repregunté.

—Porque nacimos —respondieron al toque.

—Bueno, por lo mismo los quiere Dios: porque nacieron. Esa es la prueba más importante de que Dios los eligió y los quiere. Él los trajo a la vida, Él los necesita, igual que al abuelo.



Entonces, les pedí que repitiesen conmigo: «Yo soy amado de Dios, Él está contento conmigo». Y otra vez: «Yo soy amado de Dios, Él está contento conmigo».

Finalmente, y antes de irnos todos a almorzar les dije: «No importa qué es lo que decidan ser en la vida, no importa de qué trabajen, no importa si los elogian o los critican, no importa si tienen poco dinero o si logran juntar una fortuna, siempre se tienen que acordar que ustedes fueron elegidos, no solo por sus padres que los adoran, sino por Dios, porque Él los ama desde antes de nacer, antes de que sus padres siquiera se imaginasen que iban a tenerlos».

No sé si Jesús se repitió esas palabras como yo hago cuando camino o medito, o como les pedí a mis nietos que hicieran, pero de lo que sí estoy seguro es de que a partir del momento en que las escuchó, no perdió jamás la convicción de que era amado por su Padre y eso hizo que ni alabanzas ni insultos lo hiciesen dudar un ápice de su misión en la vida.

Lejos de mí está pretender provocar en mis nietos el mismo impacto que el Espíritu Santo tuvo en Jesús, pero tratándose de su autoestima, pondré lo que esté a mi alcance; yo haré lo mío.

¿Y qué es lo mío? Hacer lo que pueda para que no malgasten la vida como hice yo y tantos otros, buscando sucedáneos en el trabajo, el dinero, el poder, la fama, o lo que sea, para conseguir lo que solo van a poder encontrar dentro, en su propio corazón; el saberse amados por lo que son: un milagro, un regalo de Dios.





Paciencia

Hace unos días escribí este mail:

Queridos amigos:

Como ya saben, una virtud que no me adorna es la paciencia. Su definición en el diccionario es la siguiente: «Capacidad de padecer o soportar algo sin alterarse».

Otras definiciones posibles: «Capacidad de hacer cosas pesadas o minuciosas y facultad de saber esperar cuando algo se demora mucho».


A la que habré de referirme es a la primera de las acepciones, en la que se supone que la palabra *algo*, representa una cosa penosa, molesta, desagradable, pasible de despertar enojo o similar.

Luego de leer en el libro *El corazón de la meditación budista* de Nianaponika Thera, que uno de los efectos de la atención plena sobre la mente es la de ralentizar, pausar y, algunas veces, detener nuestra tendencia a reaccionar, se me ocurrió una definición de paciencia que, aunque no sea aceptada mundialmente como la de la Real Academia Española (RAE), me es útil a la hora de mejorar en la práctica de esa virtud.

Ahí les va:

Ante cualquier situación difícil, molesta, desagradable, penosa o similar, tener paciencia significa ganar tiempo mediante el uso de la consciencia o atención plena para que, en lugar de reaccionar, podamos responder adecuadamente, entre cuyas posibilidades se encuentra la de no hacer nada.

No se trata por lo tanto que ante una situación molesta representemos un rol de salvador comprensivo, tan penoso como el rol de perseguidor, y aparentemos jugar a santo justificando a priori y sin información cualquier cosa que haya sucedido.



Tampoco está indicado representar un rol de víctima y someterse a cualquier atropello o resignarse sin más. Se trata de tomar distancia y comprar tiempo para poder decir o hacer lo más conveniente que algunas veces puede ser... no hacer nada.

Espero les sea de utilidad.

Abrazo.

Julio

Y a usted, ¿qué le parece mi definición?



Mis amigos Mark

Anteayer recibí un mail de Mark, mi amigo y hermano del alma que vive actualmente en una isla cerca de Vancouver. Él es estadounidense y su español, como verán, no es perfecto, pero les aseguro que supera mi inglés.

El texto que transcribo exactamente es el siguiente:

Mi querido hermano Julio,

Gracias por tus cartas recientes. Las recibo con gusto, porque ellas fortalecen en mi el sentido de estar en contacto continuo contigo que ha sido tan importante en mi vida por casi 20 años.

Hemos empezado este año con lluvia, por lo normal; también, fueron unos pocos días bien fríos, pero el clima no ha sido nada especial. Seríamos felices cuando, por fin, el sol regresa, probablemente en marzo.


Sigo con los dramas: en el momento, estoy preparando un papel en *Inherit the Wind*, (Herederás el viento) un drama adaptado de una película famoso, que trata un caso en una corte local en el estado de Tennessee en los EEUU en 1925. Lo encargado fue un joven maestro de las ciencias, acusado (y logrado culpable) por enseñare la teoría de la evolución en contra de limitar sus lecciones en la Biblia. Este sigo algo que me da mucho placer.

Aparte de eso, sigo como mi mismo: siempre leyendo libros, trabajando en problemas que requieren imaginación para solucionarlos, y pensando siempre en la vida: como a vivirla bien, y ayudarles otros cerca de me en sus esfuerzos a vivir las vidas que mas les gustan.

Salúdame por favor, como siempre, a Lilian y a Mariano, y a los demás con quienes he tenido buenas relaciones por allá. Nos vemos, algún día, con suerte.

Tu hermano del Espíritu,

Mark



Aunque le he explicado que «seguir con los dramas» en estas latitudes significa 'seguir con problemas', no he logrado que cambie esa expresión por una que diga «sigo haciendo teatro», y cada vez que me cuenta algo de su nuevo *hobby* logra, por unos segundos, preocuparme y luego, por supuesto, hacerme reír.

En este caso, además, y por lo que voy a contarles a continuación, he destacado la parte del texto que hace referencia a este tema.

Ayer por la mañana, Gabriela, mi hija, me pidió que buscara dos libros que cree haberme prestado y que no encuentra en su casa.

Me puse a buscarlos en mi biblioteca y no los encontré, pero revisando una de las pilas que tengo en el suelo de mi cuarto de lectura encontré un libro que había comprado hace un par de años y que estaba durmiendo, junto a varios de sus congéneres, el sueño de los justos.

Se trata de *The curse of the self* [La maldición del yo], cuyo autor se llama Mark, como mi amigo, pero Leary en lugar de Smith. No sé por qué, decidí rescatarlo del montón, le quité un poco del polvo que tenía y lo deposité en la mesita del living, donde dejo los libros que estoy leyendo en ese momento.

Esta mañana comencé a ojearlo y el primer párrafo dice textualmente:

Cuando John Scopes de 24 años decidió desafiar la nueva ley de Tennessee que prohibía la enseñanza de la teoría de la evolución en las escuelas públicas, él no pudo haber anticipado que estaría en el foco de la atención nacional durante el seco y cálido verano del 1925.

«¿No es increíble?», me dije. «¿Qué coincidencia! ¿Cuál será el mensaje para mí?». Aún no lo sé. Quizás ninguno. Lo que sí sé es que a ese libro le llegó la hora de ser reflatado. Lo acabo de comenzar a leer y les aseguro que lo haré con toda atención.





Persiguiendo una quimera

Certezas y control no existen en la realidad, son una fantasía, una ilusión, un mito, una creación del pensamiento. Sin embargo, todo lo que hacemos pareciera apuntar a ese fin, incluso nuestro alabado afán por conocer y comprender. Lo que aparenta ser sana curiosidad es enfermiza búsqueda de seguridad.

No hay nada que comprender, solo hay que ver a través de lo que no es verdad y lo obvio nos romperá los ojos. Perseguimos una quimera. Nuestros sueños de libertad no lograrán jamás cristalizarse por ese camino. Para ser libre hay que hacer las paces con la inseguridad, la incertidumbre y la falta de control.

No hay que luchar, hay que entregarse.

Todos somos acumuladores

Puede ser la hoja de un árbol o un trozo de corteza, un pequeño canto rodado o un fragmento de metal herrumbrado, no importa lo que sea, pero lo que sí es constante es mi tendencia a querer quedarme con algo de cualquier lugar que considere especial, llevarme un recuerdo, poseer algo aunque sea insignificante.

En un tiempo, y solo para dar un ejemplo, coleccioné llaves de plástico de las puertas de los hoteles donde me hospedaba, que por ese entonces eran muchos. Jamás pude recordar a qué lugar pertenecía cada una, así que un día, por suerte, me deshice de todas ellas.


Puede ser que lo que guarde sea un hueso de algún animal, una semilla, un trozo de vidrio gastado por el mar, en fin, lo que sea. Por un tiempo los atesoro como hacía cuando era niño con las bolitas de vidrio, con los trompos de madera o los soldaditos de plomo. Algunas veces terminan transformados en otras cosas tales como marcadores para libros, incenseros, denarios o candelabros.

Casi ninguna de estas cosas, como las llaves de los hoteles, recuerdo luego de dónde las tomé ni las circunstancias en que lo hice, por lo tanto, no pueden catalogarse como recuerdos ya que no mejoran ni un ápice mi memoria de las circunstancias que atravesaba cuando las recogí.

Hay dos aspectos de esta compulsión que creo que son una suerte para mí. La primera es que, como ven, no me da por juntar cosas de valor lo cual transformaría esta tendencia de algo banal en un serio problema.

La otra suerte que tengo es que cuando ya logré juntar tres o cuatro de lo que sea, dejo de tener interés por ese tipo de tontería en particular y por lo tanto, de acumular esa categoría de objeto. Tres o cuatro llaves viejas son suficientes y el mecanismo para.






«¿En qué número parará esta señora?», me pregunté. Estaba curioseando en un puesto de la feria de los sábados. Se trata de un lugar donde se mezclan encantadores relojes de arena y unas igualmente atractivas libretas artesanales, todo ello desplegado sobre un paño azul que cubre una mesa hecha con una tabla y caballetes.

Ojeaba una de las libretas, cuando se acercó una señora y le preguntó al artesano de los relojes: «¿Tiene de cuatro minutos?». Me llamó la atención y me dije, «¿por qué de cuatro minutos?». No sé bien la razón, pero pensé en el tiempo de cocción de los huevos duros. «Nada que ver», me dije, «eso, según mi finada madre, lleva trece minutos, no cuatro». La respuesta a mi pregunta no se hizo esperar. «Porque ya tengo de un, de dos y de tres minutos», le explicó la señora al artesano. «Quizás cuando llegue al de una hora pare», me respondí.

Mientras aquel le mostraba variaciones de formato y de precio, yo, en mi cabeza, reafirmaba una idea que tengo desde que vi por primera vez un programa de televisión llamado *Acumuladores*. Mi creencia es que lo que hace atractiva esa serie es que muestra uno de los extremos de la curva de distribución normal o curva de Gauss y no una enfermedad o una patología de unos pocos.

En realidad, la serie muestra a los que exageran en esta tendencia universal, al punto de que su casa se torna inhabitable por la cantidad de objetos de los que no quieren desprenderse, y es precisamente por eso, por lo desagradable de las condiciones en las que llegan a vivir, por lo que ameritan ser mostrados en televisión.

Por contrapartida, es seguro que existen también unos pocos seres humanos que se encuentran en el otro extremo de la curva, que, como mi abuelo Miguel, pueden vivir contentos con muy poquitas pertenencias. Como no hay nada morboso en ello y como van contra la corriente consumista mundial que fomenta comprar infatigablemente, nadie los muestra. Son un mal ejemplo para el sistema.



Todos los restantes, en mayor o menor medida, somos acumuladores. Unos, de chucherías y bagatelas. Otros, de obras de arte, libros, fotos, sellos, automóviles, relojes de arena o armas. Algunos otros de dinero, de títulos o de información. Algunos de cosas más sutiles como malos recuerdos, culpas, rencores o resentimientos. No importa tanto de qué se trate o del valor que tenga lo que se acumula, sino de aquello que nos lleva a acumular, a guardar y retener.

¿Ansias de atesorar? ¿Apego? ¿Posesividad? ¿Codicia? ¿Avaricia? No importa cómo lo llame. Lo que sí sé es que esto que me sucede es cualquier cosa menos desprendimiento, virtud que hoy valoro cada vez más.

Cuando veo en algún estante de la biblioteca o perdidas en un cajón de mi escritorio unas cuantas de estas baratijas que he juntado me digo: «Julio, es bueno que estas piezas aparentemente inútiles te sirvan para recordar que dar es la contraparte de recibir, así como dejar ir es la de retener. Acumular (juntar, guardar, acaparar) y soltar son una sola cosa, un proceso único. No existen la una sin la otra, no hay monedas ni panqueques de una sola cara, son inseparables.

Dar o dejar ir no es opcional, tarde o temprano esta ley inexorable se va a cumplir y cuando suceda es mejor que te encuentre preparado para responder con hidalguía y elegancia «lo he devuelto».

Los dioses no necesitan nada; los que se parecen a los dioses, pocas cosas.

Diógenes

Por lejos conviene bendecir

Estoy firmemente convencido, por experiencia propia, de que así como las bendiciones crean aquello que bendicen, las quejas y las críticas atraen críticos y quejosos, y las maldiciones hacen que lo maldecido se haga aparente en nuestra vida.

Por lejos conviene bendecir.

Por las dudas que alguno decida comenzar a hacerlo les recuerdo que bendecir, según la RAE, es: «Alabar, engrandecer, ensalzar, (algo o a alguien) mostrar alegría o reconocimiento».

Por otro lado, el diccionario etimológico dice al respecto que: «El radical de *bendecir* y otras palabras que de ella se derivan o tienen relación es el verbo latino *benedicere*, de *bene* (bien) y *dicere* (decir) que en su sentido recto significa “decir o hablar bien (de algo o alguien)”, [...] y así en la antigüedad llamábase *benedicitor* al que decía o hablaba bien y con fundamento».

El ojo también sabe

Esta frase durmió por años en el dorso de una tarjeta empresarial personal donde la anoté y, por alguna misteriosa razón, esa tarjeta permaneció hasta hoy al pie de la lámpara que ilumina mi lugar de trabajo.


El episodio que le dio origen sucedió en la chacra donde vive mi hermano Pancho, y el autor fue un niño llamado David, hijo de una vecina, que por ese entonces no tenía más de 10 años de edad.

Pancho le había solicitado contar la cantidad de frascos de queso de cabra de su producción que estaba cargando en su coche. David dio una mirada rápida a la valija del automóvil y le aseguró categóricamente que ya estaba la cantidad necesaria. Como mi hermano advirtió que, por el tiempo transcurrido, David no había podido contar los frascos, le preguntó si estaba seguro y si había contado bien, a lo que David contestó: «No, no conté, pero el ojo también sabe; hay más bien de más que de menos».

Yo supe instantáneamente, cuando Pancho me contó el episodio, que en aquel suceso y en la frase de aquel niño de campo había encerrado un mensaje importante. Lo sucedido no era para mí la expresión de una habilidad personal que la maestra de la escolita rural a la que David concurría hubiese podido elogiar, sino un mensaje de sabiduría, una expresión de la inteligencia universal transmitida por la boca de aquella inocente criatura. Creo que por eso la anoté en lo que encontré a mano entre mis documentos y la mantuve por años a la vista. Muchas veces estuve tentado de tirarla, pero siempre algo me detuvo.

Hace un par de días, mientras hacía un poco de bicicleta fija en el club, leí una historia que me trajo el recuerdo de la tarjeta con la frase de David. Decía así: Un día, un monje le preguntó a su maestro: «¿Cómo hace Kanzeon para usar todas esas manos y ojos?».² El maestro le contestó: «Es como un hombre en el medio de la noche tratando de alcanzar su almohada detrás de su cabeza». Con toda naturalidad mi corazón agregó: «Porque las manos también saben». Luego pensé: «Todo nuestro ser sabe. La vida que somos sabe».

² Kanzeon: Bodhisattva de la compasión representada con mil manos y un ojo en cada palma.



De niños seguramente todos somos poseedores de esa sabiduría natural como la de David o la de las manos de Kanzeon, tan fácil de expresarse en lo cotidiano como alcanzar una almohada en la oscuridad y ponerla bajo nuestra cabeza.

De grandes, ante la misma pregunta realizada por mi hermano, seguramente nos pondríamos a contar o, peor aún, a razonar, cuando no es ni conveniente ni necesario hacerlo. Sería como si Kanzeon, a pesar de sus mil manos y mil ojos, se levantara de la cama, prendiese la luz de la habitación, ubicase la almohada, la pusiese en su lugar y luego se volviese a acostar. Antinatural e ineficiente.

«Finalmente» me dije, «esta historia tiene una noticia buena y una mala. La buena es que jamás perderé aquello que soy, solo necesito practicar y después confiar. La mala es que estoy convencido de que, con tantos años de dominio, mi mente va a dar batalla».

Como decía mi profesor de Psicología, «una caparazón es una capa de razón».

Lo que para mí es iluminador para otro es aburridor

Aún no me he cansado, pero reconozco que es una conducta que debo repensar, de recomendar a otras personas libros que me parecen especialmente reveladores, llenos de buenas ideas, bien expresadas, clarificadoras; que expanden la conciencia más allá de los actuales límites, al menos de los míos.

Debo aclarar que no leo de todo y que no sugiero libros que me parecen buenos a todos los que conozco, sino a aquellos a los que creo que les podrían gustar, pero es claro que muchas veces no logro ni la más mínima reacción.

No me había percatado de eso hasta que por esas cosas de Internet comencé a enviar a algunos amigos direcciones para poder escuchar canciones que consideraba excelentes y que algunas veces me movían hasta las lágrimas, con la esperanza de deleitar sus oídos y conmover también sus corazones. Con bastante frecuencia obtuve como respuesta un silencio total o un desabrido «ta buena».

Hace un tiempo pensaba: «¿Qué c... le pasa a esta gente? ¿Están momificados?». Hoy estoy convencido de que hay fichas que nos caen a unos y a otros no (y viceversa) y que cada ficha, como las piezas de un rompecabezas, entran en un lugar y en un tiempo justo de la vida de cada quién. Es más, algunas piezas no encajan ni lo harán nunca en ciertos rompecabezas; son de otros rompecabezas. Forzar piezas de un rompecabezas no es posible y sabemos esto desde niños.

En fin, debo aceptar que lo que para mí es iluminador, a otros les resulta anodino o aburridor. Aun así, como en la parábola del sembrador seguiré sembrando al boleo, abundantemente, en la esperanza de que habrá algunas semillas que den «fruto cuál a ciento, cuál a sesenta y cuál a treinta por uno».

También procuraré recordar, cuando lo haga, que el que más necesita iluminación es aquel que cree que otros seres humanos necesitan ser iluminados.





Es suficiente

Es suficiente

No hay que perseguir la felicidad, es suficiente con parar de infringirse sufrimiento innecesario.

No hay que buscar hacer felices a otros, es suficiente con dejar de ser motivo de su sufrimiento.

¿Y ahora qué me puede pasar?

Hace cerca de treinta años, me morí.

Perdí mis trabajos y me morí económicamente, profesionalmente, socialmente, en fin, de la única forma que no morí fue físicamente. Alquilamos nuestra casa con muebles incluidos y nos mudamos a un apartamento para poder pagar, con la diferencia, las cuotas del Banco Hipotecario que aún continuaban por años.

«Yo no sé, ¿cómo podés estar tan tranquilo?» me preguntaba Lilian, asombrada por la calma que trasuntaba mientras descansábamos en un colchón de dos plazas recién comprado, tirado en el piso de nuestra nueva vivienda. «¿Y ahora qué me puede pasar?», recuerdo que le contesté, «¿me van a atar de cuatro caballos y me van a desmembrar?».

Lo cierto es que nunca había experimentado ni nunca más experimenté una paz igual. Me sentía aliviado, ligero, invulnerable. Sentía que desde el punto de vista material no tenía nada y, por lo tanto, no tenía nada que perder. No tenía miedo.

Después de un corto tiempo conseguí trabajo en un campo totalmente distinto al de mi profesión de base y un par de años después, recuperados nuestros ingresos, estábamos nuevamente en nuestra casa. Un día, no sé bien cuándo, comencé a decirme y a decirle a otros: «Yo desde el punto de vista laboral soy inmortal».

Entendí el significado profundo de lo que repetía entusiastamente cuando leí en un libro la siguiente frase: «La clave es morir antes de morir para darse cuenta de que la muerte no existe».

Ahora que tengo cáncer, me dispongo nuevamente a morir antes de morirme porque sé que esa es la clave de la inmortalidad. Voy a utilizar las pequeñas muertes que me sobrevengan en mi vida corriente, las pérdidas, las transformaciones y los reveses que experimente para aprender a morir a todo, incluidos mis personajes y sus historietas.





Quiero vivir de forma que cuando la muerte llegue, no le quede nada, como cuando la gente en guerra quema sus casas, sus graneros y sus cosechas en la retirada. Como sucedió hace treinta años quiero poder decir con calma y sin miedo: ¿Y ahora qué me puede pasar?



El jugo de un limón en ayunas

Por sugerencia de mi nutricionista, me inicié, hace unos meses atrás, en la práctica diaria de tomar el jugo de un limón en ayunas. No estoy tan seguro de los efectos beneficiosos de ese agrio trago matinal como de la enseñanza que me ha dejado el proceso de extraerlo.

Como mis manos son un desastre debido a la artrosis que las afectan, he probado más de media docena de métodos y aparatos de extracción, que van desde sofisticados exprimidores eléctricos hasta los más simples y elementales artefactos manuales. Una cosa que he notado que tienen todos ellos en común, independiente de su eficiencia en la obtención indolora del jugo, es la falta de control que puedo ejercer sobre el comportamiento de las semillas.

Por más cuidado que ponga, por más semillas que intente sacar con la punta del cuchillo luego de cortar el limón y antes de exprimirlo, nunca puedo estar seguro de cuándo una de ellas va a salir disparada y caer —luego de rebotar en paredes, mesadas o utensilios existentes a su alrededor— en los lugares más insólitos de la cocina. Cuando no saltan al exprimir, lo hacen al limpiar en la basura el instrumento que haya utilizado. Otras veces sucede paradójicamente durante la maniobra cautelara previa que les he contado o lo hacen al sacar del recipiente aquellas semillas que, no sé de qué manera misteriosa, han atravesado el filtro que el fabricante esmeradamente ha diseñado para retenerlas.

En fin, he renunciado a mi pretensión de tomar mi jugo matinal sin tener que buscar alguna semilla debajo de la cocina, la heladera, la tostadora o la licuadora, o sin que alguna de ellas se me vaya por los agujeros del resumidero de la pileta, a pesar de que es algo que trato de evitar a toda costa.

Para ser honesto, debo reconocer que algunas veces, las menos por supuesto, alguna semilla termina cayendo, luego de un periplo de rebotes insólitos o de un salto único pero espectacular, milagrosamente donde debe: en el tarro de la basura.





Son de esas circunstancias en las que uno se dice cosas como que ni en mil años y ni que lo intentara un millón de veces lo podría lograr nuevamente y... claramente es así, porque no depende de uno.

En fin, no todas son malas noticias. La buena es que en estos meses de práctica juguera, lo que esas semillas me han enseñado con perseverancia infinita es que no tengo control sobre nada, ni siquiera sobre una mísera semilla de limón. He aprendido que aunque ponga el esmero que ponga, la vida —y los limones, que son para el caso la vida— hace lo que se le antoja.

Mientras que antes, cuando algo así me sucedía, me criticaba diciendo interiormente «pero qué pelo...», ahora lo veo como una posibilidad sencilla, cotidiana e inocua de salir de la ilusión de seguridad, control y certidumbre en la que vivo o con la que sueño.

Hay gente que me dice que el hecho es intrascendente, que no haga tanto pamento, que deje la semilla donde caiga y listo, pero claramente no se trata de eso. Se trata de ver en profundidad, de bucear en la trivialidad del suceso para darse cuenta de las cosas tal cual son (no como creemos que deberían ser o nos gustaría que fuesen), y de experimentar realmente una verdad universal.

En mi opinión, la mejor forma de hacerlo es en las cosas más simples y comunes de la vida, las que, a pesar de su simpleza y cotidianeidad, nos transmiten silenciosamente indiscutibles enseñanzas milenarias.

Es más, les aseguro que prefiero aprender a contactar con la realidad de mi falta de control de esta manera que hacerlo al pinchar un neumático de mi vehículo conduciendo en una carretera a 120 km por hora.





La gente me pregunta si estas reflexiones me han servido para cambiar en algo la situación. La verdad es que no. Las semillas siguen haciendo lo que quieren, y de la misma manera que antes yo trato de encontrarlas y levantarlas, pero ¿saben qué?, ahora lo hago sin drama. En lugar de maldecir mi suerte, de proferir horribles insultos a los limones, a los inventores de los extractores y hasta a la nutricionista, termino diciendo: «Julio, no tenés control sobre la vida, no te resistas, entregate», lo que para mí ya es bastante decir.

Al próximo limón que exprima le pondré el mismo empeño intentando que no salten semillas donde creo que no debieran, pero ahora sé que está bien si eso sucede y está bien si no sucede.





Dice así

Paseando por los jardines de la Universidad de Harvard, descubrí hace unos meses atrás un edificio que, hasta ese momento, había pasado inadvertido para mí.

No tengo idea de la razón por la que me detuve a observar con detención, y para mi sorpresa descubrí que en uno de sus muros laterales reza una frase escrita en inglés antiguo y en alto relieve que yo desconocía.

Aunque se trata de una inscripción de gran tamaño, dada su ubicación me atrevería a apostar que pasa inadvertida para la casi totalidad de los transeúntes del lugar. Dice así: *What is man, that thou art mindful of him?* [¿Qué es el hombre para que tú seas consciente de él?].

Como no podía ser de otra manera, ni bien llegué a mi habitación en el Harvard Faculty Club comencé a investigar en Internet y descubrí que se trata de un pasaje de la Biblia: Salmos 8:4. En las Sagradas Escrituras la frase continúa con la interrogante que la pregunta anterior evoca en el alma de quien la lee. Dice: *and the son of man, that thou visitest him?* [¿Y el hijo del hombre para que tú lo visites?].

Hace pocos días, recorriendo el lugar con mi esposa, le mostré el edificio y la frase, que, aunque escondida para el mundo, hoy hace resonar como un eco en mis oídos la pregunta... ¿qué soy yo para que Dios se acuerde de mí? Para mi tranquilidad, mi corazón conoce la respuesta:

No temas [...] Aun cuando una madre pudiese olvidar a su hijo, yo no me olvidaré de ti. Yo te tengo esculpido en la palma de mi mano [...] Eres precioso para mí [...] Yo te he llamado por tu nombre.

Isaías, 43 y 49

Demasiados platos

Cuando yo era un niño venían frecuentemente circos a Montevideo. Según mis padres y mis abuelos, ninguno de ellos igualaba al mundialmente famoso circo Sarrasani, que alguna vez recaló en Uruguay. A partir de ese momento, se transformó en el circo de referencia y en una leyenda.

Después de ver el espectáculo todos mis mayores hacían comentarios tales como: «No es como el Sarrasani», o «Está bueno, pero ninguno como el Sarrasani». En realidad lo comparaban con el circo más famoso de la época.


Sarrasani nació como circo en 1901 en Dresde, Alemania, y fue algo así como el Circo del Sol de aquellos tiempos, pero con animales, de los cuales se dice que llegó a tener más de cuatrocientos de las más variadas especies. Una cifra similar era la de técnicos y artistas de todas nacionalidades y razas: chinos, japoneses, indios americanos, marroquíes, javaneses, hindúes, etíopes, gauchos de Sudamérica, caucásicos europeos, etc. Por supuesto, circo que aparecía, circo que perdía en una comparación quizás realista, quizás teñida de nostálgica fantasía con aquel mentado Sarrasani.

A pesar de los comentarios despectivos, los circos que llegaban en mi época no dejaban de tener sus atractivos, al menos para mí. Elefantes, tigres, leones, monos, ponis y otros animales entrenados, que por aquel entonces no era mal visto enjaular ni adiestrar, estaban siempre presentes.

Trapevistas, equilibristas, forzudos, contorsionistas, tragasables, lanzadores de llamas por la boca, payasos y los motociclistas del globo de la muerte completaban un elenco que nos mantenía con la boca abierta por varias horas.

Uno de los espectáculos que siempre recuerdo, aunque no creo que fuese de los que impactaban más al público, era el levantador de platos. Así le llamé siempre por no tener un mejor nombre para aquel sujeto que se enfrentaba a una angosta y larguísima mesa sobre la que reposaban, en hilera, una enorme cantidad de platos parecidos a los que utilizábamos para servir en nuestras mesas.





El objetivo era mantener esa enorme cantidad de platos girando en el lugar sobre su canto, sin dejar que ninguno se detuviese nunca.

Comenzaba haciendo girar un plato. Luego hacía girar el segundo y daba un pequeño toque al primero para que continuase girando. Acto seguido levantaba el tercero y repetía su toque, ahora sobre el primero y el segundo. Luego el cuarto, el quinto y así sucesivamente, volviendo cada vez a hacer girar los platos que ya tenía levantados con anterioridad.

Cuando llevaba unos cuantos platos girando, y por tanto se había apartado una considerable distancia de los primeros, debía volver rápido para darles a estos un nuevo impulso a fin de que no detuvieran su giro. Cuantos más platos levantados tenía, más rápido debía volver, hasta que al final, debía hacerlo corriendo.

En aquel momento me impresionaba por el nerviosismo que me provocaba, en especial hacia el final, cuando parecía que algún plato iba a caer y quizás, hasta romperse. Que yo recuerde, jamás vi que fallaran.

Aunque a mí, en aquel entonces, la cantidad de platos me parecía inmensa y una proeza el hacerlos girar a todos al mismo tiempo, ahora sé con seguridad que los artistas y los ayudantes que armaban la mesa sabían con precisión de relojería cuál era la cantidad de platos que podían mantener girando.

Sabían que de poner un plato de más, el nerviosismo del público y la algarabía que le sucedía se transformarían en decepción y pena.

Si bien el domador de leones o los trapevistas seguro impresionaban más al público que este sujeto, no recuerdo haber aprendido tanto de ninguno de ellos ni utilizado tantas veces en mi propia vida, en mi experiencia de consultor de empresas y otras tantas como amigo, la escena del levantador de platos.



A diferencia del malabarista del circo, permanentemente me encuentro conmigo mismo, con amigos, parientes y ejecutivos viviendo situaciones donde hemos puesto algún plato de más, y alguno se nos está saliendo de control o está a punto de hacerlo. Puede que nos lleve a eso nuestra avaricia, la ambición de poder, de logros, de fama, de dinero, de diversiones; la codicia de posesiones o la búsqueda infinita de placer, en fin, no hay área de la vida donde no estemos propensos a cometer excesos y a no saber parar a tiempo.

El número de platos que se pueden mantener girando es variable para cada persona y la mesa puede ser tan larga que, en algunos casos, recorra el mundo entero, pero dice el *Tao*: «Tensa un arco hasta su límite y pronto se romperá. El sabio conoce el límite».

Yo les aseguro por experiencia propia que si ponen un plato de más, pronto la vida se les complicará, y si llevan las cosas al límite, alguno se romperá. Estrés, ansiedad, angustia y carreras de un lado al otro (como el personaje del circo) serán el resultado de esa transgresión. Con suerte la locura terminará cuando algún plato se caiga y eso quizás nos ayude a reflexionar. Si no tenemos suerte, quizás hagamos un movimiento en falso que en ese frenesí haga caer la mesa entera.

Finalmente, el tema siempre pasa por aquello de, ¿dónde está la línea?

¿Cuándo aflojar, cuánto seguir?

¿Cuándo es ciega tozudez y cuándo loable perseverancia?

¿Cuándo es apatía, cobardía, indigna resignación; cuándo aceptación y sabia retirada?

¿Dónde está la divisoria que señala? ¿Quién la pone, quién lo dice, quién la marca?

¿Qué señales miraré cuando la duda me muerda nuevamente el alma?

No lo sé.

Creo que nunca lo sabré hasta después de cada batalla.

Julio Decaro, *El día que desperté dos veces*



Aquíetate y sabe, Yo soy Dios

Aquíetate y sabe, yo soy Dios

Salmo 46

No sé bien por qué, pero esta frase bíblica siempre me pareció profunda o que tenía algo significativo para decirme. No tengo idea cuál es su interpretación oficial ni tampoco cuál es la más popular. Como me ha pasado con otros pasajes bíblicos, mi interpretación ha cambiado con el correr del tiempo.

En su momento me pareció que lo que me decía era que serenar mi mente era la mejor forma de acceder a lo divino, a ese estado de conciencia que llaman el reino de los cielos. Puede que esta sea una de las tantas interpretaciones válidas.

Actualmente creo que me dice: «¿Por qué no parás un poco? ¿Hasta cuándo vas a seguir? No te resistas, aflojá, entregate, no interfieras más y dejame a mí. Entendé que Yo soy Dios. Tené confianza y hacé lo que te digo».

Ahora, con perdón del salmista, la reescribiría así para mí: «Sosegate, Julio, y date cuenta de que Dios soy Yo, no vos». O de forma más simple aún: «Serenate, Julio, que el que manda acá soy Yo».

No me lo van a creer

Todo tiene una primera vez, y ayer fue la primera vez que, en frente a un grupo de 50 personas provenientes de diferentes países, en el medio de una presentación de un curso de negociación en el Harvard Faculty Club, se me cayeron los calzoncillos.

En el momento no sabía si detener la charla y salir disimulando al baño a subir mi prenda interior o seguir adelante, no solo con la sensación desagradable de sentirme maniatado, sino con el pensamiento parásito que me hacía temer, aunque irrazonablemente, que algo podía estar asomando por los bajos del pantalón.

Como esto no parecía realmente lógico que sucediese, me tranquilicé y decidí seguir adelante, no sin que se me ocurriese la idea de confesar el incidente y ver qué pasaba, acción que en aquel momento decidí no llevar adelante.

Aunque sintiéndome algo incómodo porque la situación restringía un poco mis desplazamientos, logré finalizar la charla sin que nadie se percatara de nada y, por supuesto, nada asomó por fuera del pantalón en ninguna de las piernas. Luego de los consabidos aplausos y saludos pude ir a poner solución al incidente.

Aunque confesar en el momento podría haber tenido consecuencias imprevisibles, no pude resistir hacerlo en el almuerzo a todos mis colegas y a nuestra representante en España que nos acompañaba.

«No me lo van a creer», les dije, «pero di toda la charla con los calzoncillos caídos en los fundillos de mis pantalones». Entre incredulidad y sorpresa, no paraban de reír.

Dadas sus preguntas acerca de las razones del desliz de la prenda les expliqué que, desde hace tiempo, no puedo usar nada que me ajuste mucho en la cintura porque me da alergia. Eso y el hecho de que casi no tengo trasero que impida el efecto de la ley de gravedad sobre lo que lleve en mi cintura son las razones de utilizar calzoncillos de elástico suave (si es posible que no sean nuevos) y tiradores, de forma que el cinturón sea solo algo que uso de vista, pero no para sujetar el pantalón, y que de otra forma, también se me caería.





Obviamente aún recuerdo el episodio, pero llamativamente siempre lo hago con una franca sonrisa en mi rostro porque, lejos de provocarme un descontrol o tremendo nerviosismo, me llamó la atención la poderosa tentación que tuve de contarlo en público.

Aun hoy sigo pensando que me perdí una oportunidad posiblemente única de atreverme a experimentar algo extraordinario. Cuando en el almuerzo dije que se me había pasado esta idea por la cabeza, por supuesto me dijeron que estaba totalmente loco, pero no es como yo lo veo.

Por el contrario, pienso que en este mundo lleno de ridículos ceremoniales y rituales absurdos, casi todo lo que nos sucede que se salga de esos protocolos de segunda mano, inventados vaya a saber por quién, nos parece escandaloso, vergonzoso, deshonesto y que debe ser ocultado.

Esto va desde la caída de unos calzoncillos, a los escapes accidentales de gases, pasando por tropezones hasta ponerse por descuido una corbata manchada o unos calcetines de colores desparejos. Todos sabemos que lo que le sucede a uno de nosotros le puede suceder a cualquiera y que estas cosas que menciono nos pasan todo el tiempo.

Sin embargo, casi todo puede ser motivo para reforzar nuestra natural tendencia a la autodesvalorización, a sentirnos en falta, razón por la que, lejos de confesar nuestra humanidad, lo que muchas veces podría ser gracioso, vivimos ocultando los que creemos defectos y, por el contrario, contando falsas historias heroicas y mentiras que nunca nos sucedieron, de manera que nos hagan parecer inteligentes, impecables, infalibles, insuperables, inodoros, respetables y qué sé yo cuántas tonterías más.

Vivimos mintiendo. Nos mentimos a nosotros mismos, les mentimos a los otros, los otros se mienten a sí mismos, nos mienten a nosotros. Y lo mejor de todo es que hacemos de cuenta que jamás mentimos.





Todos somos unos farsantes compulsivos cuando paradójicamente se nos ha dicho «la verdad os hará libres». Si queremos vivir menos apesadumbrados y más alegres, hay que aligerarse y esto literalmente implica tomarse uno mismo más a la ligera.

No se trata de liberarse del peso de valores reales que hacen nuestra convivencia no solo posible, sino más humana, pero sí de tonterías que nos recargan innecesariamente y muchas veces nos dividen y enfrentan sin sentido tales como no saber con qué vino «se debe» comer el pescado.

Aquella fue la primera, pero espero que no sea la última vez que se me deslicen mis calzoncillos en público, porque la próxima, lo prometo, se lo cuento a todos.



Lo que hace la diferencia es la sopa o El pequeño piojoso que todos llevamos dentro 2

Aunque estábamos en otoño, esa primera semana de mayo se inició la llamada «temporada de invierno» en Manresa, porque es la semana en que en los almuerzos y en las cenas de esa casa de retiros comienzan a servir sopa.

Quizás debería llamarse «temporada de sopa», lo que sería más coherente respecto al tema estaciones y un reconocimiento al acontecimiento que marca el comienzo y el final de un período.

El 27 de abril participé de un retiro llamado «Día de desierto» y, como deducirán por la fecha, no sirvieron sopa; aún estábamos fuera de temporada.


Hablando por teléfono con una persona encargada de la gestión del lugar, surgió el tema de la comida, que nunca me canso de elogiar y agradecer, y entre otras cosas le comenté que lamentablemente el día de ese retiro aún no habían comenzado a servir sopa. Esto dio lugar a que la persona con la que hablaba comenzase a ponderar las virtudes de ese platillo.

Quedó un tanto confundida cuando le expliqué que en realidad nunca había probado la sopa del lugar y que, de ser posible, evitaba tomar sopa en ningún lugar.

—No es porque tenga una fobia o algo por el estilo —le dije—, es porque en mi niñez tomé sopa como para varias vidas y porque, si puedo, prefiero no llenarme con líquido, me gustan más los sólidos.

—No entiendo —me dijo—, ¿entonces por qué se lamenta?

—En realidad —le expliqué—, cuando estoy en el comedor y compenetrado con mi personaje de aspirante a santo, me gusta ser cortés, y por lo general me quedo esperando hasta que el último participante se sirva para servirme yo.



Lo que hace la diferencia es la sopa. Cuando no hay sopa, eso tiene como consecuencia que lo que me queda luego de mi espera son las peores porciones, por lo que mi gentileza me cuesta caro. Ahora bien, cuando hay sopa, como todos o casi todos prefieren comenzar con ese plato, porque les gusta y para que no se les enfríe, la cortesía solo me cuesta la espera, porque aun siendo el último, tengo la posibilidad de elegir la que creo que es la mejor porción del plato principal. Lo que hace la diferencia es la sopa —reiteré.

Mi interlocutor no paraba de reír y de sorprenderse que le contase esas cosas.

—Es que en realidad —le dije— estoy siguiendo el consejo de un querido amigo, quien hace ya un tiempo me recomendó: «¡A vos te haría bien confesarte!». Y aunque él se refería al acto formal, al ritual que todos conocen o imaginan, yo le he dado un carácter más abarcativo a esa recomendación. Siempre que puedo, como en este caso, me confieso, porque en lo que sí creo es que solo la verdad me hará libre.

¿Quién no tiene ese pequeño piojoso dentro que se ocupa de esas pequeñas miserias como el tamaño y aspecto de la porción que le va tocar? Quizás un santo.

En todo caso, aunque yo fuese el único que se ocupa de estas nimiedades, me importaría un rábano. Yo «me complazco en mis debilidades, porque así me hago fuerte».

Para ser invulnerable hay que ser totalmente vulnerable.



Empujar con la barriga

Empujar con la barriga es una expresión muy usada en Brasil como sustituto de procrastinar, es decir, dejar para mañana o más adelante lo que puedes hacer hoy.

No obstante, yo la uso como sinónimo de hacer poca fuerza, de poner poco empeño en algo, porque me parece que no es posible empujando tan solo con la barriga, mover una cosa pesada, así como tampoco encarar una gran empresa o un proyecto con seriedad.


Cuando la gente se me acerca hoy con nuevas ideas, independientemente de lo interesante que parezca, mi cabeza me trae casi instantáneamente esta expresión y les digo: «Contá conmigo, pero yo voy a empujar con la barriga», y eso quiere decir poco. Cuando me preguntan qué significa les aclaro que tengo los dientes gastados de morder, las manos destrozadas de apretar y la espalda deshecha de hacer fuerza y que, por tanto, no se hagan demasiadas ilusiones respecto a la energía que pondré en el asunto.

Con eso, en general, es suficiente para que la otra persona comprenda sobre quién o quiénes caerá, de seguir adelante, el peso de la responsabilidad de llevar a cabo las acciones del nuevo emprendimiento.

Esto no se debe solo a mis condiciones físicas, que por cierto son cercanas a las expresiones con las que explico mi futuro comportamiento, sino a un par de benditas comprensiones que he tenido y cuyos efectos me acompañan en los últimos tiempos.

Lo que he comprendido es que no hace falta, que no es necesario y que es a veces inconveniente empujar algo con mucha fuerza. Que a la naturaleza, el universo, la vida, o como quieran llamarle, no le gusta, no necesita y se resiste a que la empujen. La vida marcha sola y a su ritmo, y como decía Séneca, «... hemos nacido en un reino. La libertad consiste en obedecer a Dios».

Hoy prefiero observar y estar atento para intentar darme cuenta de las señales que aquella me da y hacer todo lo posible por seguir con paciencia y aceptación su plan, en lugar de luchar a brazo partido para tratar de imponer con violencia los ciegos y, en general, mezquinos deseos de mi ego.



Por otro lado, he comprendido que el pan que tengo sobre mi mesa cada día no está ahí tan solo debido a mi esfuerzo y al sudor de mi frente como solía creer, sino gracias al esfuerzo y al sudor de la frente panadero, de aquel que le trajo la harina, del que la molió y la envasó, del que plantó el trigo y del que lo cosechó.

Que si he podido escribir este libro, es gracias a las maestras y los maestros que me enseñaron a lo largo de mi vida todo lo que sé, al diseño de mi hijo Pablo, a la revisión de Lilian y a la corrección de Ana, a la gente de la imprenta, a los que hicieron el papel, a los que plantaron los árboles de los que el papel fue hecho, al Sol, la lluvia y las nubes que hicieron crecer los árboles.

Que todos los goles de todos los partidos los metemos todos, y que nada en este universo se consigue por más coerción que ejerzamos, si el universo así no lo quiere y lo dispone.

Esa, y no otra cosa, es la clave de lo que los seres humanos llamamos «éxito» y que erróneamente nos atribuimos, tal y como podría hacer un jugador tonto que cree que cuando acierta a la ruleta tiene algún mérito o cuando pierde, algún demérito. Atribuirse tanto laureles como fracasos es pecar de soberbia o, como mínimo, de desubicación y de falta de sentido de nuestra dimensión.

Una advertencia final:

Ahora que me he propuesto «fluir», como dice poéticamente el *Tao*, o *empurrar com a barriga*, como acostumbran decir en Brasil, a todos los que vengan con nuevos proyectos, ya saben lo que les espera.



Eche p' atrás


Hoy es un día como para festejar, porque pude recibir un insulto en el tránsito sin reaccionar, sin decir yo también una grosería similar. Increíblemente pude contener mi indignación y dejar que el conductor de la moto que hacía un instante me había gritado «pelotudo», pasara frente a mí sin emitir una palabra, sin realizar ni un gesto que expresara la ira que recorría todo mi tubo digestivo. Me comporté como un *gentleman*.

Tengo dos atenuantes respecto al mérito de este logro. El primero es que actualmente tengo 70 años y esa cifra me exime de tener que andar explicando lo poco que me conviene remontarme mucho en estas situaciones.

El segundo atenuante es que el conductor de la moto era un enorme sujeto de unos 120 kilos, de aspecto desprolijo y cara de malo, que fácilmente me hubiese hecho añicos en pocos segundos, de haber llegado la cosa a mayores. A pesar de todo, yo interiormente sé que lo que hice fue como para festejar.

Aunque por mi profesión quizás debí haber caído en la cuenta antes, por primera vez en la vida vengo reconociendo de corazón los riesgos y daños potenciales que implica litigar, discutir, pelear, tener un altercado, querellar o como le quieran llamar a cualquiera de los sucesos que rodean a los conflictos humanos, sean del nivel que sean.

Como hoy en día tengo clarísima conciencia de la concatenación de sufrimiento que se produce cuando la gente se mete en problemas de cualquier tipo, todas esas situaciones me dan miedo. Me digo a mí mismo constantemente y a la gente con la que puedo conversar estos temas con más profundidad que, como regla general, hay que echar para atrás, evitar, dejar pasar, alejarse, no reaccionar por nada del mundo y que no importa si uno tiene o no la razón, si lo que sucede es justo o injusto, si la ley está o no de nuestra parte, contrariamente a lo que nos han enseñado, en especial a los varones, hay que aflojar, dejar ir, rajar, «salir vendiendo boletines» como decía mi abuelo Miguel.




En esta recomendación incluyo el 99,9 % de los casos por los que pleiteamos la mayoría de los humanos, es decir, las estupideces comunes de la vida cotidiana como la del comienzo de este relato. Si a alguien le toca vivir un caso extremo de violencia, puede que no tenga recomendación alguna, porque en esas circunstancias yo no sé lo que haría.

No estoy seguro de llegar algún día por las mías a no pleitear por nada, y más difícil aun a querer a mis enemigos y bendecir a los que me maldicen, pero mi debilidad personal no quita ni una pizca de veracidad a lo que expresé antes.

Lo que sí aspiro al menos es a hacer mi vida, y la de los que me rodean, un poco más llevadera, reduciendo el sufrimiento que genero cuando discuto por idioteces, sabiendo que la inmensa mayoría de los dramas en los que hasta ahora he participado fueron precisamente idioteces.

Para eso es seguro que tengo que desarmar la contraproducente, obsoleta y vulgar programación, mezcla de vengador anónimo y guapito a la violeta que me compré vaya a saber cuándo y dónde, y ver cómo me las arreglo para negociar con el intolerante marqués de mi soberbia, arrogante promotor de la casi totalidad de mis absurdos pleitos.





Criticar y quejarse

Criticar y quejarse es sufrimiento.

Darse cuenta cuando uno se queja o critica, mejora la cosa.

Criticarse y quejarse de uno mismo por haberse quejado o criticado es lo peor porque...

es la misma cosa

resistencia al fin,

y el mismo, el mismo proceso,

pero mucho más sutil.

Criticar



Como un grano de mostaza

Les contó otra parábola: El reino de los cielos es como un grano de mostaza que un hombre sembró en su campo. Aunque es la más pequeña de todas las semillas, cuando crece es la más grande de las hortalizas y se convierte en árbol, de modo que vienen las aves y anidan en sus ramas.

Mateo 13: 31-32

Un querido amigo me contó hace unos días la siguiente historia:

«Tengo un amigo que construyó con todo cariño y esfuerzo una pequeña pero hermosa casa de campo en el lugar de sus sueños, inicialmente con la idea de descansar allí los fines de semana y finalmente, luego de jubilarse, vivir en ese lugar tan especial para él y su esposa por el resto de su vida.

Cercana a su propiedad existe otra casa, a cuyo propietario no conocía y nunca había visto mientras estuvo de obras.

Una vez terminada la construcción, a la que le dedicaron todos sus ahorros, mucho tiempo, amor y cuidado, y luego de enjardinar el predio de unos mil metros cuadrados, decidieron festejar el primer fin de año y comenzar el siguiente en su tan anhelado refugio.

En el fondo de la casa del vecino existe un árbol, una de cuyas ramas obstruía parcialmente la vista a una pequeña laguna cercana y aunque seguramente en un terreno de esas dimensiones en el campo hay muchas posibilidades de ver hermosos paisajes en otras direcciones, esa vista de la laguna les era particularmente atractiva.





La señora le pidió a mi amigo que por favor cortase alguna ramita para poder ver mejor, argumentando que con seguridad nadie siquiera lo notaría. Este accedió al pedido. Entre otras cosas lo hizo porque deseaba complacer a su esposa que estaba pasando por momentos emocionalmente difíciles debido a una seria enfermedad de su madre.

Al poco rato de la micropoda apareció el vecino preguntando quién había sido el responsable y por qué habían cortado la rama del árbol de su propiedad. Palabra va palabra viene, comenzó una acalorada discusión que culminó con ambos querellantes festejando fin de año en la comisaría y luego, ante el juez de turno. Desde ese día en adelante se desató el Armagedón.

Tanto el vecino como su esposa se dedicaron a hacer de la vida del matrimonio en cuestión un verdadero tormento profiriéndoles constantes amenazas del tipo «te voy a matar», «te voy a envenenar la perra», «tengo un tiro con tu nombre», y otras por el estilo.

Eso hizo que los noveles propietarios decidiesen dejar de ir a su tan amada casita por un tiempo, para ver si las aguas se calmaban. Lamentablemente, a su regreso, la desgraciada situación seguía igual por lo que —finalmente y con tremendo pesar en el alma— decidieron poner en venta la casa.

Fin de la historia y fin del sueño de un paradisíaco retiro.»

Mi comentario en aquel momento a mi amigo fue:

De mi experiencia como médico sé que olvidar un nombre o una fecha sin importancia en una conversación banal puede ser el comienzo del Alzheimer y un pequeño e inocente lunar oscuro, no más grande que un grano de mostaza, el de un melanoma.

Hay que estar atentos, no solo el reino de los cielos es como un grano de mostaza, el infierno... también.



El fantasma de la ópera

Almorzando con un querido amigo, prestigioso director de centros culturales, me contó que, durante una gira de estudio que realizó por los Estados Unidos de América durante su juventud, había conocido en un teatro de la ciudad de Los Ángeles a una persona que había comenzado su actividad laboral y se estaba por jubilar cantando siempre en el coro del mismo teatro, los mismos fragmentos de la misma pieza musical, de la misma obra teatral: *El fantasma de la ópera*.

¡Increíble? No tanto.

Si miramos este relato de un modo superficial, podría llevarnos al comentario: «¡Pobre, qué vida tan rutinaria! ¡Qué tedio, qué aburrimiento!». Mirado en profundidad, la humanidad entera es merecedora del mismo comentario: «¡Pobres, qué vidas tan rutinarias! ¡Qué tedio, qué aburrimiento!».

Dejando de lado los decorados, las luces, los disfraces y la música de fondo, es decir, todo lo accesorio y superficial, seguimos representando los mismos dramas, las mismas operetas, repitiendo las mismas gastadas líneas, no ya desde el inicio de la vida laboral a la jubilación, sino desde el nacimiento a la tumba, formando parte de absurdos guiones que muchas veces continúan por generaciones. Esta penosa situación solo puede verse agravada por la broma macabra de que, a pesar de todo y salvo honrosas excepciones, nos creemos originales.

No hay peor dificultad para escapar de una cárcel que no saber que uno está encerrado en ella. No hay peor dificultad para terminar con el sufrimiento innecesario de los dramas cotidianos que no saber que son los mismos odios, las mismas ambiciones y la misma ceguera que nos conducen desde hace siglos. Celos, envidias, rencores, resentimientos, divisiones, guerras, revanchas, revanchas de revanchas, odios interminables y sus consecuentes miserias no han cambiado un ápice por siglos.

Lo más triste es que, a diferencia de nuestro amigo de Los Ángeles, la mayoría de nosotros representa historietas que nadie pagaría un centésimo por ver y, por supuesto, al final no nos aplaude nadie.

Él nos hizo mejores a todos

Estábamos almorzando en los señoriales salones del Harvard Faculty Club. Entre los comensales de mi mesa se encontraba uno de los participantes extranjeros del curso de negociación que estábamos llevando adelante en esa semana.

No recuerdo exactamente cómo surgió el tema, pero Carlos, así se llama esta persona, comentó que uno de sus hijos, actualmente un adolescente, sufría de parálisis cerebral, y luego hizo un comentario que estoy seguro de que pasó inadvertido para la mayoría de los integrantes de la mesa, pero que a mí me sonó a mensaje del cielo. Casi literalmente dijo que su hijo había hecho a los integrantes de su familia mejores personas.

Cuando terminamos de almorzar, esperé a que quedásemos un poco separados del grupo y le pregunté: «¿Carlos, tú dijiste que tu hijo los ha hecho mejores a todos?». «Así es», me contestó. «Es notable», le dije, «porque la semana pasada estuve cenando en casa de unos queridos amigos que tienen un hijo adolescente con dificultades físicas y psíquicas e increíblemente ese hijo, el único que tienen, a mi forma de ver les ha cambiado la vida para mejor, y en esa cena así se los hice saber».

Aunque no es fácil de explicar lo que les dije y aunque por supuesto no le deseo a nadie el nacimiento de un niño con discapacidades, en este caso, le contaba a Carlos, esta dificultad de su hijo ha transformado a estos padres en dos figuras con un brillo humano absolutamente singular. Son el faro de paz, aceptación y esperanza de innumerables personas con dificultades similares a las que han ayudado con sus conocimientos, su tiempo, sus recursos y, por sobre todo, con su amoroso comportamiento.

«Ser su amigo», les dije, «es un honor, y compartir una cena familiar, un deleite. No por la deliciosa comida o el excelente vino que sirvieron, sino por el derroche de afecto y la naturalidad con la que hacen que todo transcurra, que nos hace sentir bendecidos de conocerlos y de ser invitados a su mesa». «Que extraña coincidencia», le dije a Carlos.



Él sacó entonces su teléfono celular y me mostró varias fotos de Marc, su hijo en silla de ruedas, y me dijo: «Míralo, míralo bien, siempre sonriente, siempre feliz».

Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero no de tristeza, sino por sentirme nuevamente bendecido de tener el privilegio de conocer a otro de estos seres luminosos a quienes lo que a otros abate, a ellos los hace mejores. En ese momento solo atiné a darle un fuerte abrazo.

Varios días después, ya de vuelta en Montevideo, comencé a pensar: ¿qué hace de estos dos jóvenes con serias dificultades físicas y psíquicas, mejoradores de personas? Recordé entonces un pasaje del libro *Tú eres mi amado* de Henri Nouwen, un sacerdote católico holandés que dedicó los últimos años de su vida a trabajar en el hogar Daybreak en Toronto.

Daybreak pertenece a El Arca, una institución creada como un hogar donde las personas con severas discapacidades fuesen miembros valorados, capaces de contribuir personalmente en la vida de sus pequeñas comunidades.

Ese pasaje, que luego de releer envié a Carlos, (quién me sugirió incluirlo en este relato), dice así:


Es muy útil distinguir entre talentos —capacidad de hacer las cosas— y dones.

Los dones son más importantes que los talentos.

Podemos disponer solamente de unos pocos talentos, pero tenemos muchos dones. Estos son las múltiples maneras por las que expresamos nuestra humanidad, las vías o las formas de salir de nosotros hacia los demás.

Son parte de lo que somos: la amistad, la bondad, la paciencia, el gozo, la paz, el perdón, la delicadeza, el amor, la esperanza, el sentido de confianza, y muchos más.





He conocido de muchas formas y muy a menudo, sobre todo como fruto de mi propia experiencia personal, el enorme poder curativo de estos dones.

Pero desde mi llegada a una comunidad con personas disminuidas psíquicas he descubierto plenamente esta sencilla verdad.

Pocas de estas personas, si es que hay alguna, tienen talentos de los que poder gloriarse. Pocos son los que tienen capacidad para contribuir en algo a la sociedad y de esa forma ganar algún dinero, competir en el mercado abierto, o conseguir premios. Pero qué espléndidos son sus dones.

Cuanto más vivo en El Arca, más veo los verdaderos dones que en nosotros, aparentemente personas sin disminuciones, a menudo permanecen enterrados bajo nuestros talentos. La evidente ruptura de nuestros disminuidos psíquicos, les permite, de alguna forma misteriosa, ofrecer sus dones libremente, sin inhibición alguna.

Respondiendo a mi pregunta me dije que, sin duda alguna, lo que los hace *mejoradores* de personas son sus dones.

¡Benditos sean los que bendicen con su sola existencia!

¿Qué es un misterio?

Todo lo que no es un pensamiento es un misterio.

Sin la palabra, que es pensamiento, un árbol es un misterio.

Si lo comprende y eso lo satisface, es pensamiento.

Si le provoca admiración y curiosidad infinita, es un misterio.



Cuatro consejos universales y atemporales

Un querido amigo solicitó mi consejo respecto a una idea, base de un negocio que hace muchos años viene madurando.

Se trata de una propuesta que, de llevarse adelante, implica entrar en mercados que mueven miles de millones de dólares, por lo que su estado, que de por sí es un tanto hiperexcitado, estaba rayano a la locura.


Si bien la idea es simple y clara como para que hasta un médico como yo la entienda y viene a solucionar un problema real de muchas industrias o áreas comerciales, necesita el respaldo de una institución bancaria o de una organización de seguros de gran solidez y prestigio mundial que le dé la credibilidad necesaria y sea la cara visible del negocio. Un Juan de los palotes posiblemente no sería creíble o ni siquiera fuese atendido por los tomadores de decisiones adecuados.

Me mostró detalladamente en su laptop una presentación brillante por su claridad y diseño gráfico, en la que empeñó más de dos meses de cuidadoso trabajo para construir.

Después de escucharlo atenta y serenamente por largo rato, lo primero que le pregunté fue si se había asegurado de tomar los recaudos para que, luego de expuesta la idea, no pasara lo que es frecuente en estos casos, es decir, que una vez explicada en detalle, el valor de una genialidad para la contraparte pasa a ser cero, ya que el pensamiento «esto lo podemos desarrollar solos, a este no lo necesitamos para nada», es muy común. Me dijo que me despreocupase de ese punto y así lo hice.

—¿Cuál es tu duda? —le pregunté.

—Bueno —me dijo—, puedo conseguir contactos como para llegar a los tomadores de decisiones adecuados, pero soy tan solo un sujeto desconocido con una buena idea y tengo temor de que por esta razón, no me tomen en serio. Eso me pone muy nervioso.



—¿Qué más? —le pregunté.

—No sé qué más hacer respecto a la presentación. Hice de todo, pero me parece que podría hacer algo más y no logro identificarlo. Me vengo preparando desde hace meses. Puedo levantar sólidamente cada objeción que se plantee.

—¿Alguna otra cosa? —le dije.

—Creo que no —me contestó—, pero eso me tiene muy nervioso.

—Bien, entonces voy a decirte cuatro cosas que me han sido de gran utilidad en la vida en situaciones similares a las que me estás planteando, salvando las distancias referentes a los miles de millones de dólares de los que hablaste. La primera es que es absolutamente lógico que sientas temor antes de una presentación importante. Más aun por ser un desconocido, que con tan solo una buena idea tiene que enfrentar directorios compuestos de personas muchas veces muy poco abiertas a las novedades.

Yo también sentiría miedo y si no lo sintieses, habría que internarte y darte un antipsicótico, porque estarías en una crisis maniaca. No hay salida razonable a esa desagradable sensación, siempre es así, así que adiós a ese tema.


—Pero...—Intentó objetar.

—Aguantar y tomar quina —le contesté—. Segundo, yo veo que hiciste todo lo posible, todo lo que estaba a tu alcance para darle a esta primera y quizás única oportunidad las mejores chances. ¿Es así?

—Así es —me contestó—. Veo una excelente presentación, digna de la importancia de la idea, clara, inteligente, sencilla, atractiva.

—Si es así, entonces voy a darte el brillante consejo de mi amigo Enrique Zorrilla de San Martín, que me ha ayudado innumerables veces: ahora quedate tranquilo, ya hiciste lo tuyo, «que Dios le ponga lo que le falta».





Tercero, lo que la vida me ha enseñado es que si el tiempo de esta idea ha llegado, si están dadas todas las condiciones para que se concrete, ni aunque te subas a la mesa del directorio de alguna de las empresas que vas a visitar, te bajas los pantalones y les muestres tu trasero, va a dejar de suceder. Ahora bien, si el tiempo de esta idea no ha llegado, si no están dadas todas las condiciones necesarias, hagas lo que hagas, no va a cuadrar. Entonces... calma.

Por último, que te vaya bien en tu presentación, que tengas éxito en tu propuesta, que logres hacer finalmente una fortuna con esta idea, no tengo la más pálida noción de lo que va a significar para vos o tu familia en el futuro. Tal vez sea la mejor cosa que pudo haberte pasado en la vida, quizás sea la peor. En realidad no lo sé. Quizás vengas dentro de unos años y tenga que escucharte contándome los dolores de cabeza que te está causando el nuevo yate que te compraste o la enfermedad del semental que adquiriste en Holanda porque «todo viene con todo».

Lo único que sé es que Dios no premia con fortuna, premia despertando. Ojalá que cualquier cosa que te suceda en este proceso te sirva para despertar.

No sé si logré transmitirle todo el significado que para mí tiene esta última frase, pero lo percibí contento, calmado y sereno.

Nos dimos un fuerte abrazo y me despedí deseándole todo lo mejor, que aunque no me quieran creer, no tengo la menor idea de lo que puede ser.

¡Estate atento!

No hace mucho tiempo atrás, un amigo recibió un mail de despedida de un colaborador extranjero que dejaba su empresa. En él anunciaba que ese día era el último día de trabajo en la empresa y expresaba su agradecimiento emocionado por los buenos recuerdos que se llevaba, por los lazos de fraternidad y amistad creados, así como por la oportunidad laboral que la experiencia había significado.

Cosa extraña para un mail de despedida de una empresa, esta persona agregó el siguiente pasaje bíblico:

Me volví y vi debajo del sol, que ni es de ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes, ni aun de los sabios el pan, no de los prudentes las riquezas, no de los elocuentes el favor; sino que tiempo y ocasión acontecen a todos.

Eclesiastés 9:11

Finalmente pedía a Dios que los bendijera a todos, desde el más pequeñito al más grande.

A mi amigo, como era de esperar, no le pasó desapercibido este mensaje ni su poco común cierre y rápidamente lo retransmitió, no sin antes agregar su reflexión sobre lo que percibió como más sustancioso: la cita del Eclesiastés.

«Esta es la despedida de un compañero extranjero», nos puso en el correo, «que se fue a trabajar a otro lugar. Miren lo que dice el Eclesiastés de cómo ganar carreras, guerras, panes, riquezas o favores. ¡Dice que hay que esperar que te toque!».

Al leerlo, recordé una vieja historia en la que un alumno le pregunta a su maestro:

—¿Qué es lo mejor que puedo hacer para iluminarme?

—Cuando el sol está saliendo al amanecer, lo mejor es que no hagas nada —le responde el maestro.





—¿Y entonces para qué toda la agotadora práctica diaria?

—Para que cuando el sol salga, no te encuentre dormido.

Acto seguido respondí el correo a todos diciendo: «Yyyy... hay que estar vigilantes, atentos, despiertos, para darse cuenta cuándo te toca. Abrazos, Julio».

El que está atento está vivo, pero el inatento es como si hubiera muerto.

Dhammapada

Me queda claro que, si como promete el Eclesiastés, «tiempo y ocasión acontecen a todos», y como dice mi querido amigo, «hay que esperar que te toque», no es menos cierto que hay que estar atentos y con todas las lámparas encendidas porque uno tiene que poner lo suyo.

El terrible dilema es siempre saber dónde está la línea, el camino del medio, el justo equilibrio entre lo que tenemos que poner de nosotros y cuánto esperar de Dios.

En mi caso particular, dado mi habitual nivel de soberbia, como regla general debiera recordar más a menudo las palabras de Juan el Bautista: «Es necesario que Él crezca y que yo mengüe».

Los caballos de la quinta del Cabezón

Si algo odié de los veranos de mi niñez fueron las siestas que mis padres nos obligaban a tomar a mi hermano y a mí con la inaceptable excusa de que no era hora de jugar a la pelota en la calle, cosa que, como los centauros, no existe. No existe para un niño hora que no sea para jugar a la pelota.

La otra excusa que esgrimían era no molestar a los vecinos, cosa que aparentemente suena más razonable, pero que, a mi entender y el de mi hermano, por aquellos tiempos, encubría solo el deseo de quedarse ellos tranquilos y no tener que preocuparse de saber por dónde andábamos o qué cosa estábamos haciendo mientras descansaban.


En fin, mi hermano y yo jamás dormimos realmente una siesta. Solo fuimos prisioneros por unas cuantas horas diarias en la celda del cuarto que compartíamos.

Poco rato después de que aquel desagradable ritual comenzaba, se iniciaban nuestras discusiones por nimiedades nacidas del aburrimiento, y cuando alcanzaban un volumen suficiente para ser escuchadas desde el cuarto de nuestros padres, eran rápidamente finalizadas con un zapatillazo en las nalgas, que mi madre nos aplicaba a ambos indiscriminadamente sin gastar un segundo en asuntos de justicia o similares.

En las horas que quedaban por delante leíamos revistas que conocíamos casi de memoria o jugábamos a algún juego tipo ludo o similar que frecuentemente conducía a nuevas discusiones con idéntico final y amenazantes advertencias de penitencias más severas.

Para evitar discusiones y posteriores reprimendas, la mayor parte del tiempo restante me la pasaba fantaseando con lo que iba a hacer cuando fuese liberado. Quizás la más frecuente de esas fantasías reiterativas se refería a los caballos de la quinta del Cabezón.





De la mentada quinta del Cabezón, (que supongo que algún día existió como tal), solo quedaba una polvorienta cancha de futbol, sin el más mínimo rastro de césped, donde los fines de semana se armaban partidos de adultos, pero donde, en los días laborables, los más chicos podíamos armar algún movidito.

Los fondos de la casa de mi abuelo Miguel daban precisamente a la mencionada cancha a la que se podía acceder por una semidestartalada puerta de madera a través de la cual mi abuelo, durante los días de partido, actuaba de improvisado aguatero.

En aquella cancha no solo se jugaba futbol. Los días de partido era una especie de casino al aire libre. Tabas, cartas y seven eleven eran de rigor contra el enorme muro que la separaba de la fábrica de aceites Manzanares.

Concurrentes habituales eran, entre otros, los verduleros de la zona que llegaban con sus carros y caballos, a los que luego de desenganchar de las varas de madera, dejaban pastorear por el lugar.

Más atractivo que los partidos eran para nosotros tanto los animales —que apenas nos animábamos a tocar con mucho cuidado y respeto ante la atenta mirada de sus dueños— como los carros, en los que podíamos jugar y soñar libremente.

Volviendo a mis involuntarias siestas, luego de el o los zapatillazos tranquilizadores, mis sueños despierto versaban sobre aquellos carros y, en especial, sobre los caballos. Me imaginaba que cuando fuese finalmente liberado de aquella tortura, iría corriendo a la casa de mi querido abuelo, que quedaba a pocas cuadras de mi casa, atravesaría la precaria puerta trasera y me encontraría con aquellos matungos transformados en briosos corceles.

Me veía montándolos en pelo, como lo hacían los indios de mis revistas y galopando en ellos recorría, mirando el techo de mi cuarto, toda la quinta del Cabezón. A veces me llegaba a imaginar parado sobre el lomo de dos de ellos, como había visto alguna vez en algún circo.



Cuando finalmente la ansiada liberación llegaba, salía corriendo a más no dar hacia la casa de mi abuelo, todavía viviendo mi sueño, lleno de ilusión y de esperanza. «Hola, abuelo» era todo lo que decía mientras atravesaba la casa ante su mirada sorprendida para encontrarme, luego de abrir a duras penas la puerta del fondo, con que no había un solo caballo, ni carros ni jugadores ni nada; solo la polvorienta cancha, vacía de promesa alguna.

Aquella visión me traía rápidamente a la realidad y me volvía lentamente a mi casa, esperando encontrar en el camino a alguno de mis amigos para jugar a la pelota en la calle, como de costumbre, hasta que mi madre me llamase para lavarme y cenar.

En el transcurso de los años me he encontrado cientos de veces con aquellos irreales caballos. Los he visto en mi vida y en la de otros. Pueblan mi casa y la de la mayoría de la gente que conozco.

Fantasías, ilusiones, quimeras, mitos y leyendas que construimos sobre lo que vamos a hacer o conseguir cuando tengamos... tal o cual cosa. Lo que tengo claro es que la inversión de vida que hacemos tras esas fantasías, que luego se desvanecen como mis irreales equinos estivales, es inmensamente superior a la de mis infantiles tardes de verano.

Para comprar algunos de esos espejismos trabajamos incansablemente, nos sometemos a enormes cantidades de estrés que comprometen nuestra salud y, algunas veces, la atención de nuestros valores más queridos. ¿Y todo para qué? Cuando el sueño se termina, la realidad nos pega una dura bofetada. Aquello con lo que soñamos se desvanece como los caballos de mis siestas y terminamos pagando caro por cosas que no utilizamos.

En este sentido, el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra porque, ¿quién no tiene en su casa, perdidas por insólitos rincones, cosas que ha comprado soñando que las iba a usar y luego de usarlas una o dos veces (y en algunos casos ninguna) las ha dejado abandonadas?





La lista es variable de persona a persona en cantidad y calidad, porque lo que para unos es un caballo de la quinta del Cabezón, para otros es algo de real uso diario. Lo que le aseguro es que si se pone seriamente a pensar y revisar, seguramente se sorprenderá de su extensión.

Hoy, que estoy ocupado en vivir despierto, estoy especialmente atento a percibir el olor a bosta antes que sea demasiado tarde y termine adquiriendo, a costa de una inversión de vida o de dinero sin dividendos, un nuevo Pegaso para mi quinta.

En lo que estoy realmente interesado no es en aumentar mi tropilla, sino en darme cuenta de que ser rico es vivir contento con lo que tengo.





¿Qué es paz?

Paz no es un estado particular, es la aceptación de cualquier estado, incluidos los displacenteros.



Yo quiero esa clase de muerte

Entonces les dijo Jesús a sus discípulos: Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga. Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la encontrará.

Mateo 16: 24-25

En realidad yo quiero esa clase de muerte porque...

¿Quién sino el arrogante que llevo dentro es el que debe perder su vida para que pueda encontrar la verdadera vida?

¿A quién tengo que negar si no es al competitivo, al envidioso, al controlador, al que busca revancha, al resentido, al rencoroso, al avaro, al que vive en el miedo?

¿Quién puede perder la vida sino mi insuflado ego y los personajes de las historietas en las que participo?

¿Qué otra cosa puedo perder? ¿La vida que soy? No es posible ni está en mis manos hacerlo.

Como yo lo veo, se trata más de dejar de hacer, que de hacer.

No tengo que hacerme el santo ni representar a un bondadoso, no tengo que orar para que me vean ni dar limosna para ser elogiado. Esos serían nuevos personajes de nuevas historietas, con guiones un poco más sutiles, pero tan huecos como los que ahora represento.

Lo que debo es dejar de esforzarme por ser como creo que debería ser y aceptar mi cruz de cada día... lo que realmente soy.



Las paradojas de la vida

Cansado ya de perder
mil batallas con la vida
he decidido aflojar, dejar ir, abrir la mano
y en ese entregarme he encontrado
la paz que siempre soñé
por la que con pasión luché
y nunca obtuve guerreando.





Índice

A mi abuelo Miguel	3
Prólogo	5
Estar más presente	7
Chivas Regal	8
Mejor guía, imposible	10
Yo nací contemplativo	11
¿Qué jugador puede decir, «este gol lo hice yo»?	14
Jamás comprenderé	15
Una vida mediocre	16
Me parece que estuve bien	17
Venid a mí	18
Tan solo un espejismo	21
Yo me voy a morir sano	22
La alternativa	25
Solo está sucediendo	26
Confesar exorciza	27
La lista en la pared	28
Judas es un símbolo	29
Somos varios a mimarlo	30
¿Qué alivio!	32
Hablan de mí	33
Un mutante de ficción	34
Lo curioso del tiempo	37
Cuando pienso así	38
Lindo oficio el mío	39
Alguien ya lo dijo antes	40
El arma más eficiente	41
Una espiritualidad transgresora	42
Un retiro es un mensaje	44
El fondo del tarro	45
¿Qué significa?	46
Que sea lo que Dios quiera	47
No le pidan que me cambie	48
El fin del sufrimiento	51

Una joven encantadora	52
Una disquisición sin mayor aspiración	54
El tornillo sacramental	55
El precio de una ilusión	58
El año del dolor	59
La enfermedad de los sastres	63
Iluminación	66
Lo que hace falta	67
Un buen día entendí	70
Las cuentas del collar del Buda	71
¡Escuche música!	74
Un mate como para Dios	75
Gracias a Spotify	77
Seguramente es lo que más necesito	81
Un criterio útil	82
Los amados de Dios	83
Paciencia	86
Mis amigos Mark	88
Persiguiendo una quimera	90
Todos somos acumuladores	91
Por lejos conviene bendecir	94
El ojo también sabe	95
Lo que para mí es iluminador para otro es aburridor	97
Es suficiente	98
¿Y ahora que me puede pasar?	99
El jugo de un limón en ayunas	101
Dice así	104
Demasiados platos	105
Aquíetate y sabe, Yo soy Dios	108
No me lo van a creer	109
Lo que hace la diferencia es la sopa o El pequeño piojoso que todos llevamos dentro 2	112
Empujar con la barriga	114
Eche p'atrás	116
Criticar y quejarse	118



Como un grano de mostaza	119
El fantasma de la ópera	121
Él nos hizo mejores a todos	122
¿Qué es un misterio?	125
Cuatro consejos universales y atemporales	126
¡Estate atento!	129
Los caballos de la quinta del Cabezón	131
¿Qué es paz?	135
Yo quiero esa clase de muerte	136
Las paradojas de la vida	137

Biografía



Me llamo Julio Decaro.
Nací hace 70 años.
Tengo una preciosa familia
y mi trabajo me encanta:
Yo soy un cuentacuentos.

Otros libros que he escrito

